español

cuarto grado. Lecturas

© Derechos Reservados SEP, 1972.

Todo modificación, adición o reforma de esta obra deberá llevarse a cabo con el permiso previo y expreso de la Secretaría de Educación Pública.

Español
Cuarto grado
Lecturas

Secretaría de Educación Pública
México, D. F.

Coordinación: **Gloria Ruiz de Bravo Ahuja**
Carlos H. Magis

Autores:

Maestros y Pedagogos: María Paz Berruecos, *(UNAM)*; Elisa González, *(SEP)*; Graciela González de Tapia, *(SEP)*; Elizabeth Velázquez, *(SEP)* y *El Colegio de México*.

Lingüistas: Raúl Avila S., Margit Frenk Alatorre, Beatriz Garza Cuarón, Gloria Ruiz de Bravo Ahuja, *(UNAM)* y *El Colegio de México*.

Colaboradores: Antonio Alatorre, *(UNAM)* y *El Colegio de México*; Armida de la Vara de González, *(SEP)*; Oralia Rodríguez, *(SEP)* y *El Colegio de México*.

Revisión: Antonio Alatorre, *(UNAM)* y *El Colegio de México*; Ma. del Carmen Garza de Koniecki, *(SEP)* y *El Colegio de México*; Margarita Nolasco, *Instituto Nacional de Antropología e Historia*.

Diseño e Ilustración: *Dirección Artística:* Adolfo Falcón G.
Subdirección: Luis Carlos Emerich Z.
Coordinación: Martha Velasco, Alicia Albo, Herlinda Sánchez - Laurel, Víctor Ortíz.

Ilustradores: Federico Calderón, Francisco Castro, José Castro, José Duarte, Arnoldo Fajardo, Bruno González, Carlos Lupercio, Rafael de León, Luis R. Miranda, Kiyoto Oota, Arturo Ramírez, Herlinda Sánchez Laurel, Marcia Salcedo, Susana Trejo.

Montaje: Alejandro Arellano, Jaime Becerra, Olivia Bocanegra, Carlos Contreras, Roberto Contreras, Alejandro Contreras, Eduardo Contreras, Felícitas Gaspar, Fabiel Gómez, Alfonso Martínez, Arturo Ruiz, José Luis Villanueva.

Corrección: Josefina Anaya, Miguel Angel Flores.

Cubierta: *Diseño:* Juan Ramón Arana; *fotografía:* Aníbal Angulo.

Juridic

Índice

Mi libro de lécturas de cuarto año, **Gonzalo Celorio** 11
Mi hermano el hombre, **Nezahualcóyotl** 12
El río, **Constancio C. Vigil** 14
Doña Primavera, **Gabriela Mistral** 16
El mar 17
Yo en el fondo del mar, **Alfonsina Storni** 18
En noviembre, **Alicia Fernández de Jiménez** 19
Palomita blanca 21
Brincan y bailan, Canción popular 21
La falta de un clavo, **Alfredo M. Aguayo** 22
El peralito, Canción popular mexicana 24
Canción (fragmento), **Frida Schultz de Mantovani** 25
La flor y la miel, **Luis de Góngora** 26
Érase una vez, **Juan Goytisolo** 26
Cuento de un conejo, Cuento tradicional popolaca (Puebla) 27
El sol atolondrado, **Aurora Díaz Plaja** (adaptación de Armida de la Vara) 29
Pegasos, lindos pegasos, **Antonio Machado** 31
El camello y Hai-kai del camello, **E. Charushin** y **Armida de la Vara** 32
Cae la lluvia, **Manuel Álvar Ezquerra** 33
Por qué los conejitos tienen las orejas tan largas, Leyenda popular 34

El gallo, **A. Marquerie** 36
Don Sanate Casanate, **Ricardo Estrada H.** 37
La manzana, Canción popular mexicana 39
El gran biólogo 40
La guacamaya, Canción popular mexicana 41
Don Quijote, el caballero de los leones, **Miguel de Cervantes Saavedra** (versión de Polidoro) 42
Canción del regalo, **María Hortensia Lacau** 46
El hijo del minero 47
A la orilla del camino, **Antonio Machado** 49
¡Viva el sol de la mañana!, **Rafael Alberti** 50
¡Toros! ¡Toros! 51
Coplas de cuna para un negrito, **Germán Berdiales** 53
El león y el perrito, **León Tolstoi** 54
Ronda del sapo y la rana (fragmento), **Javier Villafañe** 56
El árbol 58
El martín pescador, **Fernando Luján** 59
Día de sol, **José Juan Tablada** 59
El pinito, **Noemí Weller** 60
El río, **Cesáreo Rosa Nieves** 63
Una amarga experiencia, **N. Nosov** (adaptación de Armida de la Vara) 64
Doña Jacaranda, **Adrián Ramírez Flores** 67
Qué hace el viento cuando no sopla, **Gonzalo Celorio** 68
Estampas de la vida y la lluvia, **Jorge Cots** (adaptación de Carlos H. Magis) 72
Las niñitas del maizal, **Ester Feliciano Mendoza** 74
Cuatro perritos, **Sergio Madero Báez** (versión de Armida de la Vara) .. 75
Caracola, **Federico García Lorca** 79

El tlacuache y el coyote, Cuento tradicional mexicano 80
Árboles (fragmento), **Alfonso Reyes** 83
El Paricutín, **Herminio Almendros** (adaptación de Armida de la Vara) .. 84
En la ciudad de Roma, ... 86
El carbón, (versión de Alicia Fernández de Jiménez) 87
Platero, el burrito, **Juan Ramón Jiménez** 90
El capitán, **Ricardo E. Pose** 91
Los viajes de Marco Polo 92
La sirenita, Canción huasteca 95
Perséfone, la primavera, Leyenda griega (adaptación de Armida de la Vara) 96
Limonero, **Pedro Juan Vignale** 99
El cerco azul, **Juana de Ibarbourou** 100
La golondrina, **Fernando Luján** 102
Garza, **José Juan Tablada** 102
El gigante egoísta, **Oscar Wilde** 103
El ave marina, **Leopoldo Lugones** 107
Las Marionetas, **Julia Zapata** 108
Romance del camino de mi infancia, **Luis Cané** 110
La conquista del fuego, Leyenda indígena norteamericana 111
La higuera, **Juana de Ibarbourou** 115
Himno a los pájaros, **Alfonsina Storni** 116
El árbol caído, **Constancio C. Vigil** 117
Los juguetes, **Juan José Morosoli** 118
Pausas (fragmento), **José Gorostiza** 120
El duraznero, **Francis James** 120
El ratón del supermercado y sus primos del campo, **Jorge Ibargüengoitia** 121
Himno Nacional Mexicano (fragmento) 126

Une los números en
Anota abajo el resultado
español

Mi libro de lecturas de cuarto año

¡Qué bonito se siente tener un libro nuevo, hojearlo por primera vez, ver sus ilustraciones, tocar sus pastas brillantes, lisas . . . hasta huelen bonito! ¡Dan ganas de cuidarlo mucho, de lavarse las manos antes de abrirlo!

¡Qué de cosas tendrá adentro! ¡Cuántas historias que no conozco, de otras partes del mundo y de otros tiempos! ¡Cuántos poemas voy a leer, a releer y volver a leer hasta que sean realmente míos! Porque las palabras se meten dentro de uno y entonces se ven las cosas de otra manera, se camina distinto, se respira diferente, de veras, como que huelen más las flores, como que cantan más los pájaros, como que dan más ganas de subirse a los árboles, de meterse en los charcos, de ser gigantes o bomberos, astronautas o piratas, de tener una rana, de hacer una fogata, de que llueva o sople el viento.

Así como es bonito tener un libro nuevo, también lo es guardar muy cuidadosamente los libros de los años anteriores, tenerlos ahí, en la repisa, saber que están siempre dispuestos a acompañarnos, porque aunque tengan las mismas palabras que han tenido siempre, cada vez que los leemos nos dicen algo nuevo, nos revelan más secretos. Claro, nos tienen más confianza.

Gonzalo Celorio

Amo el canto del cenzontle,
pájaro de cuatrocientas voces;
amo el color del jade
y el enervante perfume
de las flores;
pero amo más a mi hermano
el hombre

Nezahualcóyotl

El río

Corro siempre porque he de llevar al océano el agua que a mi paso nadie aprovechó; pero ocurre que el agua de mi cauce, atraída por el sol, sube otra vez y forma bellas nubes, para desplomarse nuevamente en lluvia.

Mil veces la he llevado toda al mar, y se vuelve allá arriba, ansiosa de volar por las alturas, como las aves marinas.

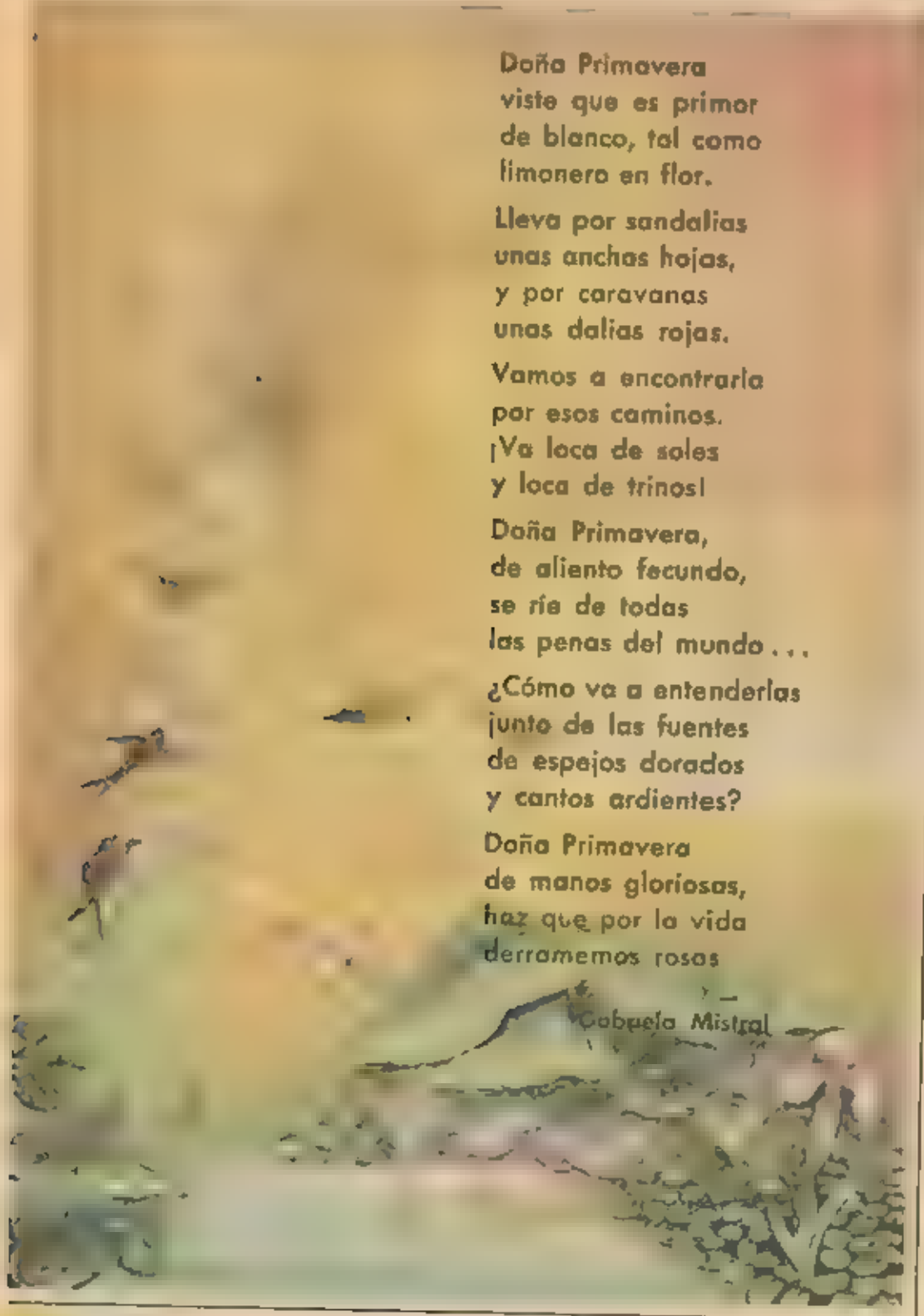
¡Aunque mucho me apresuro, ya veo que no acabaré nunca mi trabajo!

Para los pescadores soy el palacio de cristal en el que habitan los peces; para los buques, tapiz rodante que puede llevarlos a otros puertos, para las personas, los animales y las plantas, soy el buen aguador que les trae desde la fuente el agua fresca para que aplaquen la sed.

Me tiñen los colores del cielo con todos sus matices. Algunas tardes, al ponerse el sol, cuando el horizonte se enciende en rojo vivo, parezco todo sangre. Si un pintor me copiara en esos momentos nadie creería que soy yo.

Constancio C. Vigil

Doña Primavera



Doña Primavera
viste que es primor
de blanco, tal como
limonero en flor.

Lleva por sandalias
unas anchas hojas,
y por caravanas
unas dalias rojas.

Vamos a encontrarla
por esos caminos.
¡Va loca de soles
y loca de trinos!

Doña Primavera,
de aliento fecundo,
se ríe de todas
las penas del mundo...

¿Cómo va a entenderlas
junto de las fuentes
de espejos dorados
y cantos ardientes?

Doña Primavera
de manos gloriosas,
haz que por la vida
derramemos rosas

Gabriela Mistral

El mar

Desde los tiempos más antiguos los hombres han atravesado los mares. Unas veces lo hacían para ir a conquistar nuevas tierras. Llenaban entonces sus barcos guerreros de armas de todas clases. Otras, cargaban sus naves con las mercancías más diferentes: alimentos, telas, joyas . . . Y estos mercaderes se dirigían a las playas más lejanas para cambiar y vender todo aquello.

Los hombres han salido algunas veces al mar, sin rumbo fijo, a la aventura, buscando nuevas tierras. Algunos morían en el viaje, pero otros volvían cargados de oro, traían pájaros extraños, frutas desconocidas y mil noticias de lejanos lugares.

Los hombres se han acercado también al mar para pescar. Embarcan por la mañana, y al anochecer vuelven al puerto cargados de pescado. Seres extraños de múltiples formas y colores se apretujan en sus redes; algunos peces abandonados brillan como láminas de plata en el fondo de las barcas.

Los hombres han montado muchas veces sobre las espaldas del viejo mar. En ocasiones para luchar, en otras para comerciar o para buscar alimentos. Pero el mar se enfada algunas veces y protesta. Entonces se agita con gran ruido y forma olas enormes, que parecen combatir contra los que se atreven a navegar encima de ellas.

Yo en el fondo del mar

En el fondo del mar
hay una casa
de cristal.

A una avenida
de madréporas,
da.

Un gran pez de oro,
a las cinco,
me viene a saludar.

Me trae
un rojo ramo
de flores de coral.

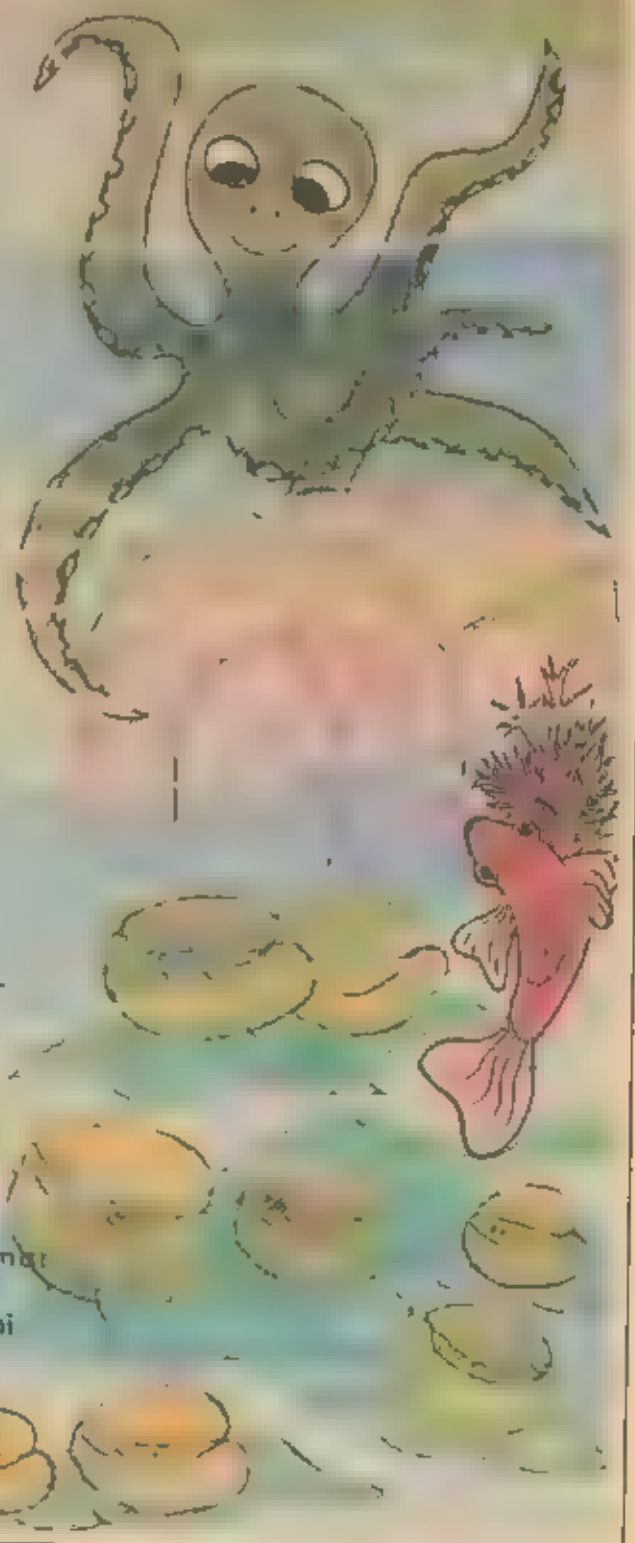
Duerme en una cama
un poco más azul
que el mar.

Un pulpo
me hace guiños
a través del cristal.

En el bosque verde
que me circunda
—din don . . . din dan—
se balancean y cantan
las sirenas
de nácar verdemar.

Y sobre mi cabeza
arden, en el crepúsculo,
las erizadas puntas del mar.

Alfonsina Storni



En noviembre

Por las calles de México, durante el mes de noviembre, mucha gente lleva ramos de zempoalxóchitl, esas flores color naranja parecidas a hermosos claveles. El nombre quiere decir veinte flores.

Esto mismo sucede en Oaxaca, en Puebla, y en otros muchos sitios.

Posiblemente has visitado algún mercado y habrás notado que en este mismo tiempo venden calaveritas de azúcar adornadas con flores; una se llama Arturo, otra Lupe, otra Mariquita. ¿No has encontrado alguna con tu nombre?

Al caminar entre los puestos habrás aspirado un olor especial. Es el del incienso, el copal y la lágrima, y cortezas de resinas que al quemarse en braseros de lámina o de barro producen un delicado aroma.

Hay muchos juguetes que sólo se encuentran en ese tiempo:

esqueletos de barro y de cartón que parecen bailar, cráneos que se ríen, cajas de muerto llevadas por muñequitos con cabeza de garbanzo; rosquillas de color de rosa, luces, candeleros, velas, frutos, tamales, dulces cubiertos, palomas blancas de papel y diamantina.

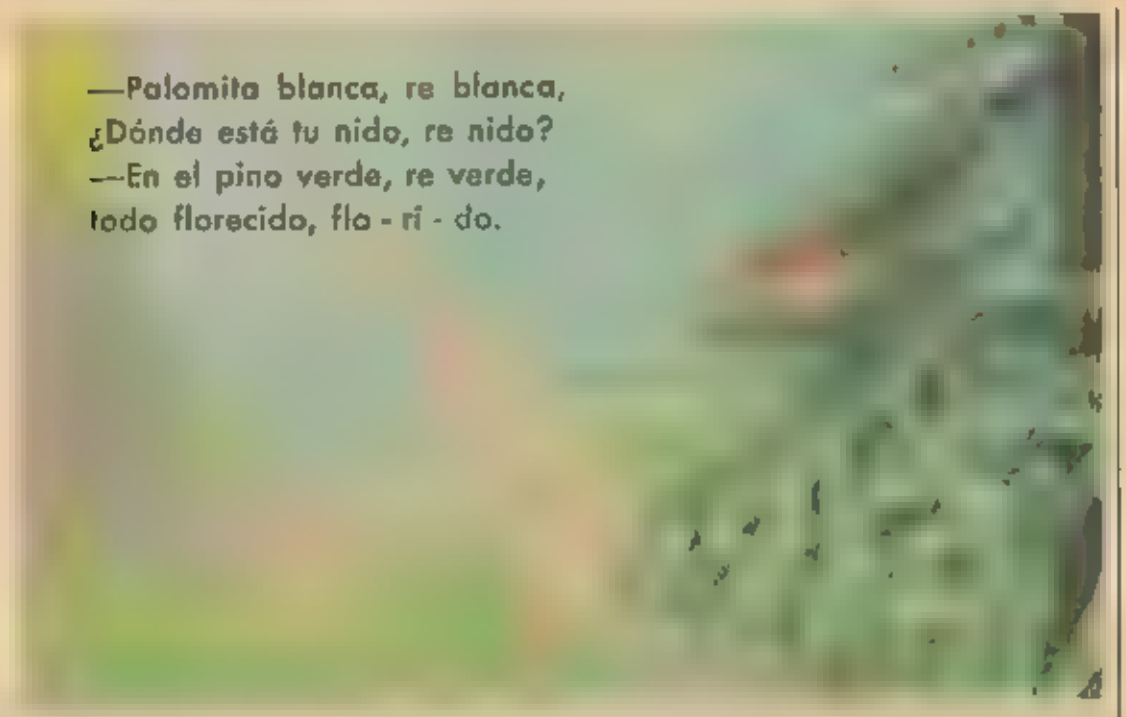
¡Cómo alegran el mercado tantas figuras de colores!

Por el rumbo de Coyoacán, hay un famoso museo; se llama Anahuacalli, o casa del Anáhuac o casa cerca del agua, que contiene valiosas piezas arqueológicas de nuestras antiguas culturas indígenas. Entre otras cosas, ahí se hallan muy importantes figuras características de la celebración de los muertos.

Cuando tengas oportunidad pide a tu papá, a tu mamá, o a alguna persona que mucho te quiera, que te lleve a visitar este museo que un día mandó construir para ti un pintor mexicano de nombre Diego Rivera.

Alicia Fernández de Jiménez

Palomita blanca



—Palomita blanca, re blanca,
¿Dónde está tu nido, re nido?
—En el pino verde, re verde,
todo florecido, flo - ri - do.

Brincan y bailan

Brincan y bailan
los peces en el agua;
brincan y bailan
de ver nacida el alba.

Brincan y bailan
los peces en el río;
brincan y bailan
de ver al sol nacido.

Canción popular

La falta de un clavo

Un caballero salió muy temprano con un mensaje para el rey. Por la viveza de sus movimientos se echaba de ver que tenía mucha prisa. La suerte de un reino dependía de la rapidez con que el caballo corriera.

En el momento de partir oyó que un mozo le decía:

—Señor, tenga cuidado. A una de las herraduras se le ha caído un clavo.

El jinete contestó:

—Tengo mucha prisa. No tengo tiempo de ocuparme de esa tontería.

Al mediodía tuvo que descansar un poco para tomar alimento. Cuando volvió a montar, un campesino que pasaba le gritó:

—Señor caballero, a una de las patas de su caballo le falta una herradura. Llévelo en seguida al herrero.

—Tengo mucha prisa —contestó el jinete—. El lugar a donde voy no está muy distante.

Hablando así el caballero hizo galopar a su caballo; pero éste en seguida comenzó a trotar, luego a caminar despacio y por último a cojear.

Pero no cojeó mucho tiempo. Espoleado por el jinete, el animal dio un resbalón y cayó. Se levantó en seguida, pero volvió a caer y ya no pudo levantarse.

El caballero no llegó a donde estaba el rey; el rey no pudo recibir el mensaje y por falta del mensaje, el reino se perdió.

Por falta de un clavo cayó una herradura; por una herradura se perdió un buen potro; por falta de un potro se atrasó un jinete; y por querer ahorrar un minuto echó a perder todo.

Alfredo M. Aguayo

El peralito

Iba por un caminito
y me encontré un peralito
cargadito de manzanas;
le aventé muchas pedradas
y cayeron tejocotes.
Salió el dueño de las peras
y me pegó un garrotazo.
¡Ay Jesús, María y José!
me salió sangre de un pie,
me amarraron de las muelas,
y el dulce de las ciruelas
ni siquiera lo probé.

Canción popular mexicana

Canción

La Luna duerme
puede caerse
¡Cuidado, Luna!
que el río tiene
algas y peces
¡Cuidado, Luna!,
vas a caerte

La flor y la miel

Las flores del romero,
niña Isabel,
hoy son flores azules,
mañana serán miel.

Luis de Góngora

Érase una vez

Érase una vez
un lobito bueno
al que maltrataban
todos los corderos.

Y había también
un príncipe malo,
una bruja hermosa
y un pirata honrado.

Todas estas cosas
había una vez
cuando yo soñaba
un mundo al revés.

Juan Goytisolo

Cuento de un conejo

Un día andaba un conejo blanco mordisqueando el pastito verde, cuando vio brillar una moneda de plata. La recogió, y estuvo mirándola un buen rato. No podía creer que él, un conejo que nunca se había encontrado nada, fuera ahora dueño de una flamante moneda de plata.

—¿Qué compraré? —pensó el conejo—. Si compro pan pronto se me acabará; si compro dulces, me los como en un momento y me quedo sin nada; si compro galletas, tampoco me durarán. ¡Ya sé! Compraré una guitarra; eso es lo mejor.

El conejo compró una guitarra. Se sentó, cruzó la pierna, acomodó su guitarra entre los brazos y empezó a tocarla Lo hacía tan bien que poco a poco fueron llegando la ardilla, la liebre, el venado, el zorrillo y el gorrión para oír cómo el conejo tocaba su guitarra.

De pronto el zorrillo le dijo:

—Préstame tu guitarra un ratito.

—No, porque te va a gustar mucho y luego vas a querer robármela.

—No, no te la robo, palabra de honor que no te la robo.

El conejo se dejó convencer y le pasó la guitarra al zorrillo Éste comenzó a tocarla, y como las piezas le salían muy bien afinadas, se entusiasmó y se quedó tocándola mucho tiempo.

Entonces el conejo le dijo:

—Dame la guitarra porque ya me voy de aquí.

—No, no te la devolveré porque tú me la regalaste.

—¿Cuándo te regalé mi guitarra? ¡Eso no es cierto!

—Acuérdate que me dijiste que podía quedarme con ella. Y si insistes te rociaré, y tú ya sabes con qué.

El conejo empezó a llorar tamaños lagrimones, y el zorrillo se retiro un poco para seguir tocando la guitarra, pero se sentó, sin darse cuenta, en un hormiguero. Las hormigas le picaron tan fuerte al zorrillo, que éste dejó caer la guitarra y huyó despavorido. Entonces el conejo, muy contento, recogió su guitarra, se sento, cruzó la pierna, levantó los ojos al cielo, y comenzó a tocar.

Cuento tradicional popoloca (Puebla)

El sol atolondrado

Febrero loco, y marzo otro poco.

El sol está de muy mal humor. Por eso refunfuña. La cosa está que arde en el reino del sol.

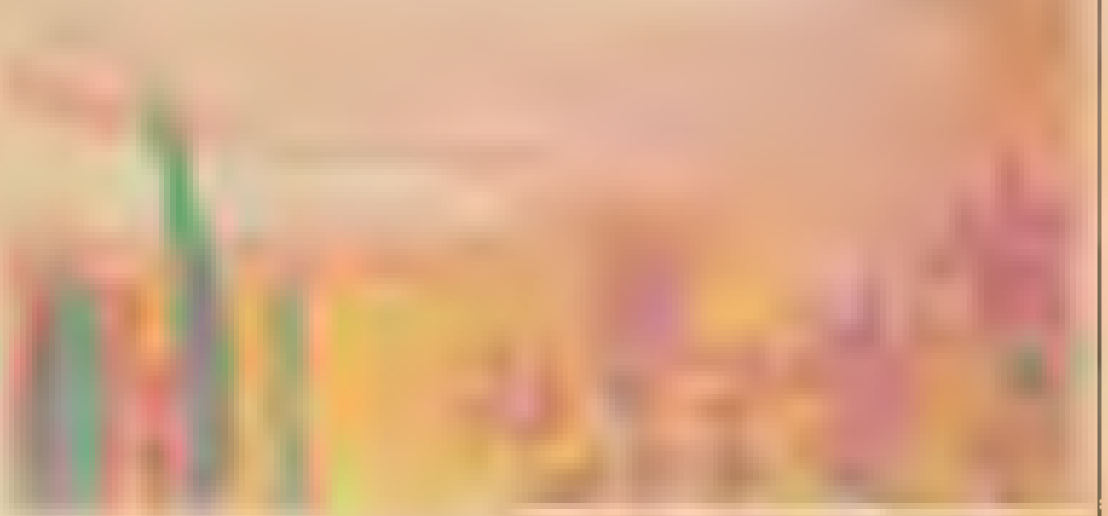
Todo porque al sol, que a veces es atolondrado, se le olvidan las fechas. Hoy, por ejemplo, se ha vestido de marzo cuando todavía estamos en febrero.

El pobre es un cabezón, que no recuerda que cada cuatro años el mes de febrero tiene un día más.

Por eso ha metido la pata este año. Con las prisas por salirse de febrero, sin recordar que el año es bisiesto, se ha vestido de marzo con sus rizos dorados y ha salido tan tranquilo.

¡Qué vergüenza ha pasado cuando se ha dado cuenta de su atolondramiento! Los calendarios marcaban un 29 así de grande y las letras decían claramente: **Febrero.**

Con disimulo aprovecha el paso de un nube que lo oculta, para volver a su casa y quitarse rápidamente el manto de marzo ventoso y ponerse otra vez el gorrito de febrero loco. En eso oye que alguien llora. Es un niño. El sol, para consolarlo, lo acaricia con uno de sus rayos más tiernos.



—¿Qué te pasa? —le pregunta—. Dime qué tienes.

—¡Dicen que hoy no es día de mi cumpleaños! Cada año, después del día 28 de febrero recibo mis regalos. Pero hoy dicen que no. Que no estamos a primero de marzo, sino a 29 de febrero. ¡Cómo no voy a llorar, si quiero que hoy sea mi cumpleaños!

Y sigue llorando más fuerte, como si le hubieran dado cuerda.

El sol sonríe y le dice:

—Mira, niño, yo también creí que estábamos en marzo y me vestí como me visto todos los años para ese mes. Iba a cambiarme cuando oí que llorabas. Pero ya no me cambio. Para ti y para mí ya es marzo, y ahora será tu cumpleaños, ¿qué te parece?

—Gracias, amigo. Si tú vas disfrazado de marzo, todos lo creerán y me regalarán los libros de cuentos que me gustan tanto. Gracias, sol. Para que veas que de veras te lo agradezco, mañana te vienes tempranito, como ahora, y te leeré el primer cuento de mi libro, ¿eh?

Aurora Díaz Plaja

(adaptación de Armida de la Vara)

Pegasos, lindos pegasos

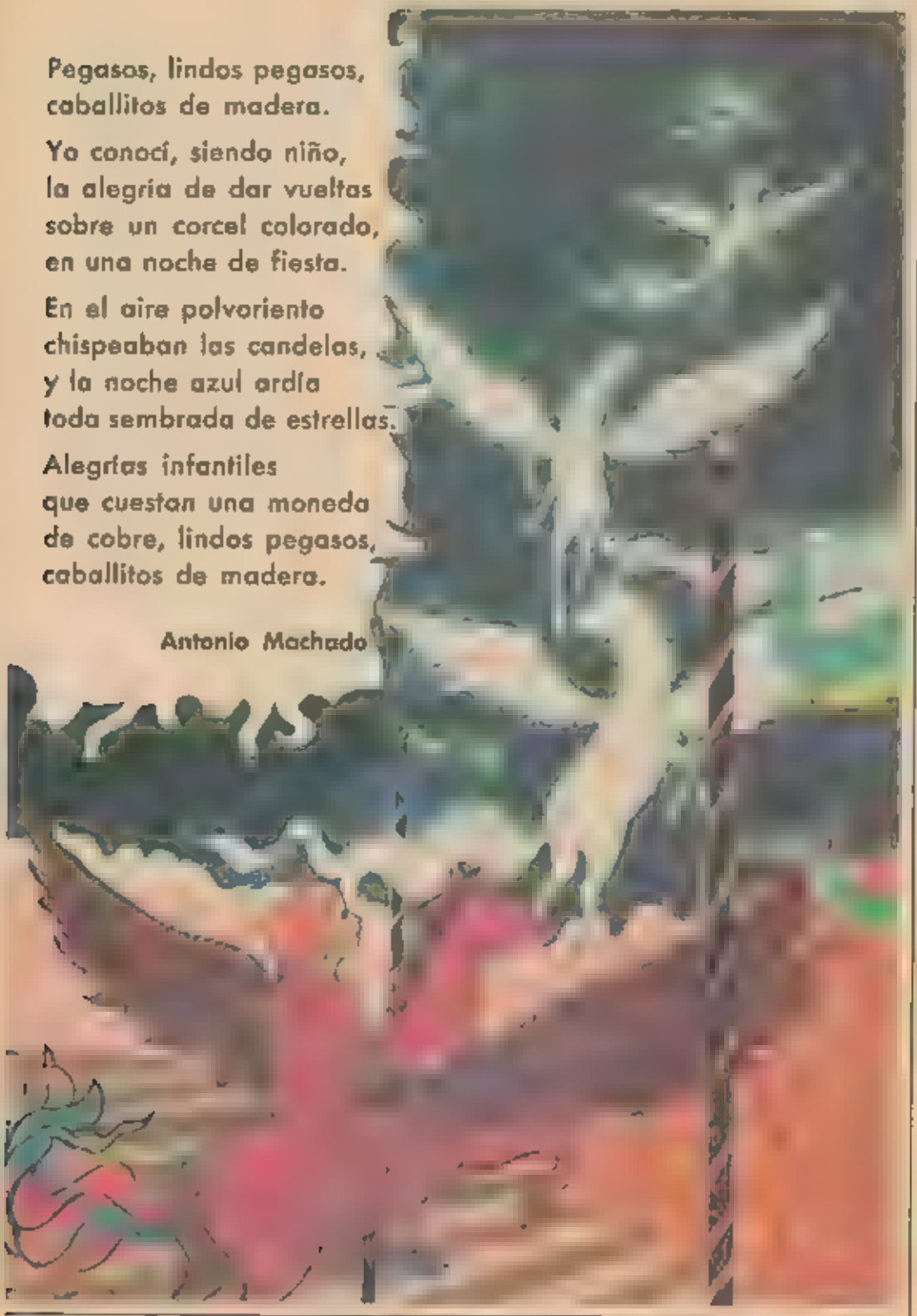
Pegasos, lindos pegasos,
caballitos de madera.

Yo conocí, siendo niño,
la alegría de dar vueltas
sobre un corcel colorado,
en una noche de fiesta.

En el aire polvoriento
chispeaban las candelas,
y la noche azul ardía
toda sembrada de estrellas.

Alegrías infantiles
que cuestan una moneda
de cobre, lindos pegasos,
caballitos de madera.

Antonio Machado



El camello y Hai-kai del camello

Las patas del camello no se hunden en la arena. Es una bestia del desierto que puede pasarse mucho tiempo sin beber, y no siente el hambre. En el desierto no hay hierba tierna ni árboles frondosos. Escasean los pozos.

Allí donde los caminos son malos, donde no pueden entrar los automóviles o no se puede ir a caballo, el camello es hasta ahora un fiel auxiliar del hombre.

E. Charushin

Aunque no quiera, el camello
carga la duna sobre su lomo.

Amida de la Vara

Cae la lluvia

Relampaguea
y truena;
las nubes
ennegrecen.
Las gotas caen.

Silencio.

Apenas oigo
ese ruidillo,
ese murmullo,
esos golpecitos
que en el suelo
las gotas dan.
Al punto callan.

Empiezan.

Manuel Álvar Ezquerra

Por qué los conejitos tienen las orejas tan largas

Voy a contarles algo que sucedió hace ya mucho, mucho tiempo, cuando las orejas de los conejos no eran tan largas como las que ahora tienen.

Una tarde, un conejo comía granos en un campo de trigo. Iba distraído, sin ocuparse de otra cosa que no fuera masticar y masticar lo más rápidamente posible, cuando oyó que dos ratas platicaban en voz baja.

Una decía:

—¡Qué buena suerte tengo! He encontrado una cueva llena de trigo, de un trigo grande, dorado, como si lo hubieran escogido para que yo lo encontrara.

—Pues sí que es buena suerte, porque los conejos escogen lo mejor del trigo para comérselo y para llevarlo a sus bodegas —comentaba la otra rata.

El conejo oyó parte de la conversación, y especialmente lo que decían de los conejos, y como era muy curioso y quería

enterarse de todo, fue acercándose al lugar donde estaban las ratas y se escondio detrás de una cerca.

—Lo que no quiero es que los conejos sepan que he encontrado esa cueva tan bien abastecida, porque en un momento cargan con el trigo y me dejan sin qué comer en el invierno.

—No es por curiosidad, comadrita, pero, ¿dónde está la cueva? No tenga desconfianza; si se lo pregunto es sólo para ayudarle a cuidar ese tesoro.

La otra rata empezaba ya a decirle a la comadre dónde estaba la cueva, cuando el conejo, para oír mejor, estiró la cabeza por encima de la cerca y las orejas empezaron a crecerle tan rápidamente, que por más que se las detenía, iban crece y crece para arriba; le crecieron tanto que las ratas, cuando se dieron cuenta de aquellas orejas tan grandes, echaron a correr asustadísimas, dejando la plática para otra ocasión.

Y desde entonces los conejos tienen las orejas largas, tan largas como las de aquel conejo curioso.

Leyenda popular

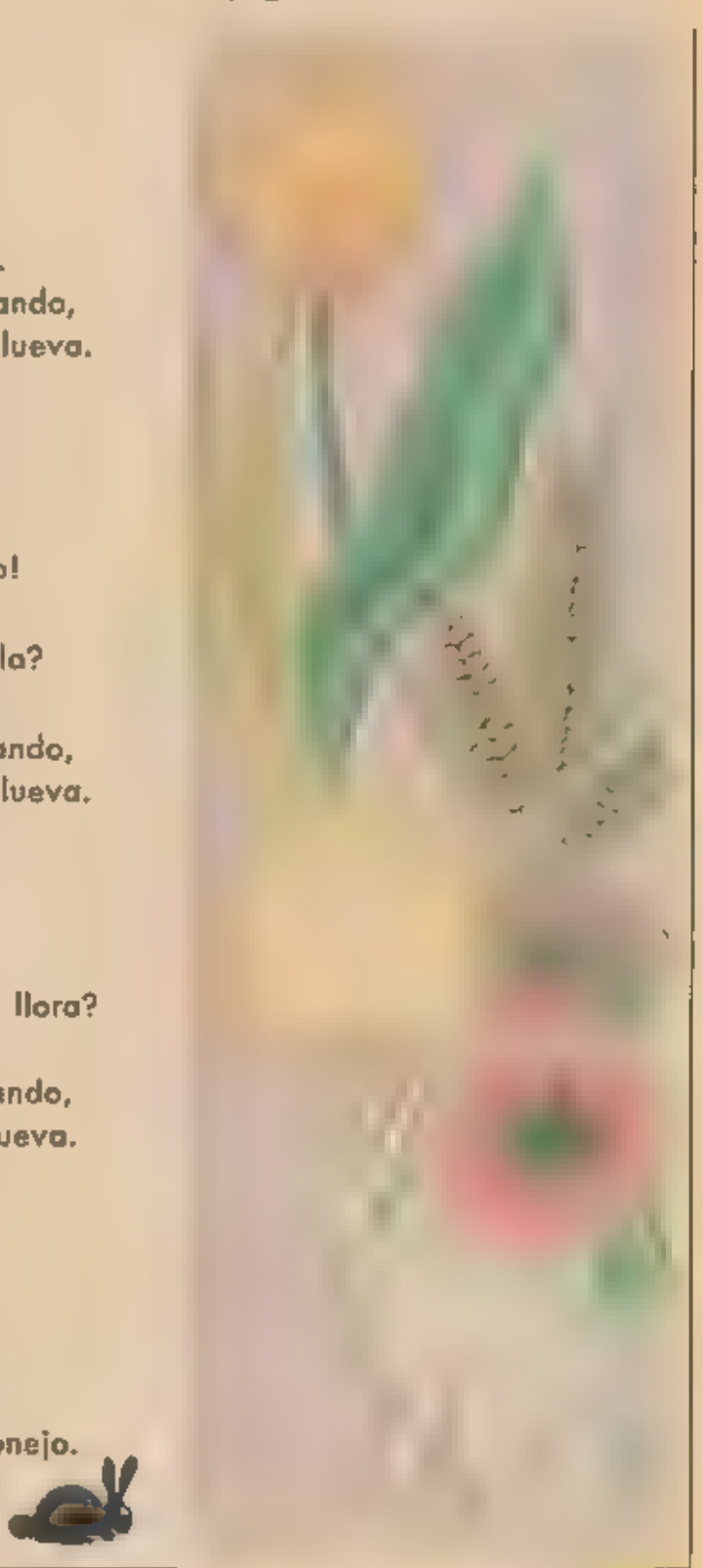
El gallo

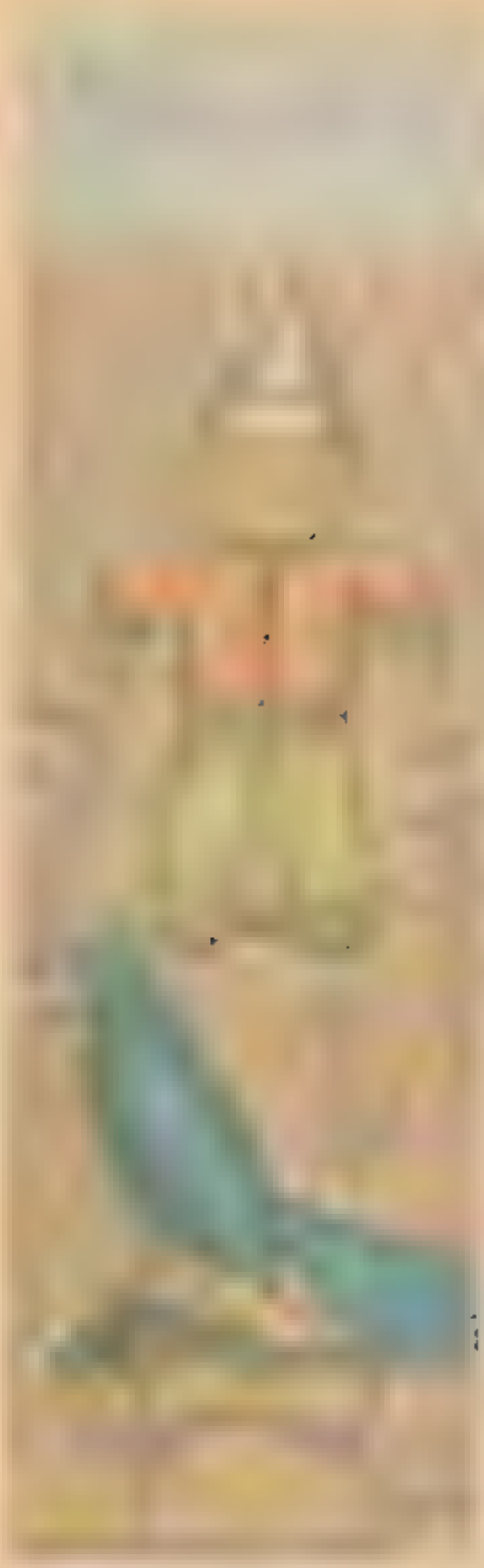
Yo soy el gallo más gallo
que existe en el gallinero.
Mi cresta es como una llama;
mis espolones, de acero,
y el arco iris envidia
mi cola de gran plumero.
Al que me busca pelea
lo deshago como quiero.
Si digo "kikiriki",
se estremece el mundo entero.

A. Marqueríe

Don Sanate Casanate

Señor Trigo:
¿Cómo está,
don Tulipán Tulipando?
Don Tulipán:
Pues muy mal,
señor Trigo Buen Amigo.
La gente ya está sembrando,
y no hay señas de que llueva.
Señor Trigo:
¡Ahí viene
doña Cebolla Montoya!
Doña Cebolla:
¡Aquí me tienen llorando!
Don Tulipán:
¿Qué pasa, doña Cebolla?
Doña Cebolla:
La gente ya está sembrando,
y no hay señas de que llueva.
Don Tulipán:
¡Ahí viene la señora
Amapola Casasola!
Doña Cebolla:
¿Qué le pasa? ¿Por qué llora?
Doña Amapola:
La gente ya está sembrando,
y no hay señas de que llueva.
Doña Cebolla:
¡Ahí viene don Conejo!
Don Conejo:
¿Cómo están,
don Tulipán Tulipando?
Don Tulipán:
Pues muy tristes, don Conejo.





Don Conejo:
A todos veo llorando.
Señor Trigo:
La gente ya está sembrando,
y no hay señas de que llueva.
Don Conejo:
¡Eso está muy malo, amigos!
¡Ésa sí que es mala nueva!
Doña Amapola:
¡Ahí viene, muy contento,
don Sonate Casanate.
Don Sonate:
¡Mis señoras y señores!
¡Estoy feliz! ¡Ya reviento!
La gente ya está sembrando,
y no hay señas de que llueva.
La gente ya está sembrando,
¡yo me como las semillas!
¡Mírenme: estoy engordando!
Espantapájaros:
Don Sonate Casanate,
¡de aquí se me va volando,
que ya principió a llover!
Coro:
¡Que llueva! ¡Que llueva!
¡La Virgen de la Cueva!
¡Los pajarillos cantan!
¡Las nubes se levantan!
¡Que sí! ¡Que no!
¡Que caiga el chaparrón!

Ricardo Estrada H.

La manzana

Manzana, quién te comiera
acabada de cortar,
con tus colores por fuera
y tu aroma sin igual.

Dámela a probar siquiera,
no se me vaya a antojar,
y del antojo me muera
en medio del manzanar.

Canción popular mexicana

El gran biólogo

Luis Pasteur se hallaba un día almorzando con su familia y algunos invitados; para terminar sirvieron uvas como postre. Cuando sus huéspedes se disponían a saborearlas, Pasteur les advirtió: - Nada más peligroso que comer uvas sin antes lavarlas.

Para dar ejemplo comenzó a lavar su racimo de uvas en el agua de un vaso.

—Efectivamente —añadió—, las uvas son siempre un poco húmedas por naturaleza, de manera que las partículas de polvo que originan las enfermedades, y se hallan suspendidas en la atmósfera, se adhieren fácilmente al pellejo de la fruta.

Después, desarrollando algo más a fondo el tema, Pasteur comenzó a describir los microbios, los bacilos, los gérmenes de todo género que podían contaminar un racimo de uvas.

Sus acompañantes lo escuchaban con gran respeto e interés Pero nadie pudo contener la risa y en cierto momento estalló una carcajada general, porque Pasteur, distraídamente, acababa de beber el agua del vaso en que lavó las uvas

La guacamaya

Estaba la guacamaya
parada en el platanar,
sacudiéndose las alas
para empezar a volar.

Y vuela, revuela, vuela,
vuela, vuela sin cesar,
vuela, palomita blanca,
con tu pico de coral.

Estaba la guacamaya
parada en un carrizuelo,
sacudiéndose las alas
para levantar el vuelo.

¡Pobrecita guacamaya!,
¡ay, qué lástima me da!
se acabaron las pitayas,
y ahora sí, ¿qué comerá?

—Y vuela, revuela y vuela,
vuela, paloma chiquita.
—¿Y cómo quieres que vuele
si me faltan las alitas?

Una guacamaya pinta
le dijo a una colorada:
"Vámonos para mi tierra,
a pasar la temporada."

Y vuela, revuela y vuela,
pero vuela sin tardanza;
mientras que la vida dura,
lugar tiene la esperanza.

Canción popular mexicana

Don Quijote, el Caballero de los Leones

Ésta es la aventura de don Quijote y el león.

El león viajaba en una jaula chiquita y por lo tanto incómoda.

La leona también.

El sol les daba mucho calor.

La tierra entraba por todos lados, les ensuciaba el pelo y los bigotes . . .

¡Y la leona había olvidado llevar su cepillo! ¡El colmo!

—¿Está enojada la leona? —preguntó el león.

—¡Sí, estoy muy enojada! ¿Y usted?

—Yo también. Este viaje es un fastidio. ¡Como todos nuestros viajes!

El conductor del carro, en cambio, viajaba mucho mejor que los leones. Y mucho mejor todavía viajaba el cuidador de los leones. Iba sentado sobre almohadones, y con una sombrilla azul y verde.

A don Quijote la sombrilla le pareció una señal maravillosa. ¡Sombrilla y aventura venían juntos para él! ¡Casi con toda seguridad era una aventura enjaulada!

—¿A donde va este carro con jaulas? ¿De quién es? —preguntó muy serio don Quijote desde encima de su caballo Rocinante—. ¡Seguro que está encantado!

—Este carro —contestó el conductor—, que no está encantado ni por las ruedas, es mío. Y lo llevo a la corte del rey.

—¿A la corte del rey?

—Sí, tengo que entregar allí dos feroces leones.

—¿Dos leones? —interrumpió Sancho Panza, el gordo escudero de don Quijote— Y . . . ¿son muy grandes?

—¡Uy! —exclamó el cuidador de los leones— ¡Son enormes! ¡Son los leones más grandes de toda España y de toda África también!

A Sancho le dieron muchas ganas de echar a correr. Pero a don Quijote le dieron muchas ganas de quedarse porque . . .

—¿Conque grandes, no? ¿Conque nunca vistos, eh? ¡Por más encantados que estén, a mí no me asustan! ¡Échenmelos y verán! —ordenó.

El conductor del carro y el cuidador de los leones, a quien también podemos llamar leonero, no entendían, pero trataban de comprender, y al fin llegaron a la conclusión de que aquel señor estaba loco. Y más lo pensaron cuando lo vieron con una

armadura de cartón, un yelmo oxidado, una lanza casera y aquel nombre tan, pero tan raro, de don Quijote de la Mancha. Por fin pudieron gritar los dos al mismo tiempo:

—¡Soltar a los leones! ¡Eso nunca! ¡Nos comerán a todos!

Toda esta plática le gustó muchísimo al león.

—Empiezo a divertirme —pensó, espiando por una rendijita de su jaula. La leona no se dio por enterada. Dormía y soñaba que se estaba bañando en una laguna de la selva. Y eso le gustaba mucho.

El leonero no se animaba a abrir la puerta, pero don Quijote se había puesto tan pesado, que decidió hacerlo, si bien tomando antes una buena precaución: subirse al techo de la jaula.

Sancho y el conductor, mientras tanto, se habían escondido en una lomita.

—¡Ah, qué lindo! ¡Un poco de aire fresco! —rugió el león asomando su cabezota fuera de la jaula.

El leonero creyó que rugía de descontento.

El dueño del carro creyó que rugía de rabia.

Sancho Panza creyó que rugía de hambre.

¡Y don Quijote creyó que rugía de miedo ante su presencia!

—¡A pelear! —le ordenó una voz ronca.

—¡No me gusta pelear! —volvió a rugir el león.

—¡Si te das por vencido sin intentar la lucha, me llamaré desde hoy en adelante el Caballero de los Leones! —le dijo don Quijote—. Y, además, te perdonaré la vida —agregó generosamente.

El león no entendió ni jota de todo aquel discurso de don Quijote.

Pero tampoco siguió rugiendo, porque se le había irritado la garganta con tanta tierra.

Así es que se despidió con un gran bostezo de aburrimiento, dio la espalda a todos y se dejó caer a dormir.

A don Quijote aquello le pareció un triunfo increíble, un triunfo sin límites, un triunfo glorioso.

Llamó a todos los demás, que se habían escondido, y les dijo:

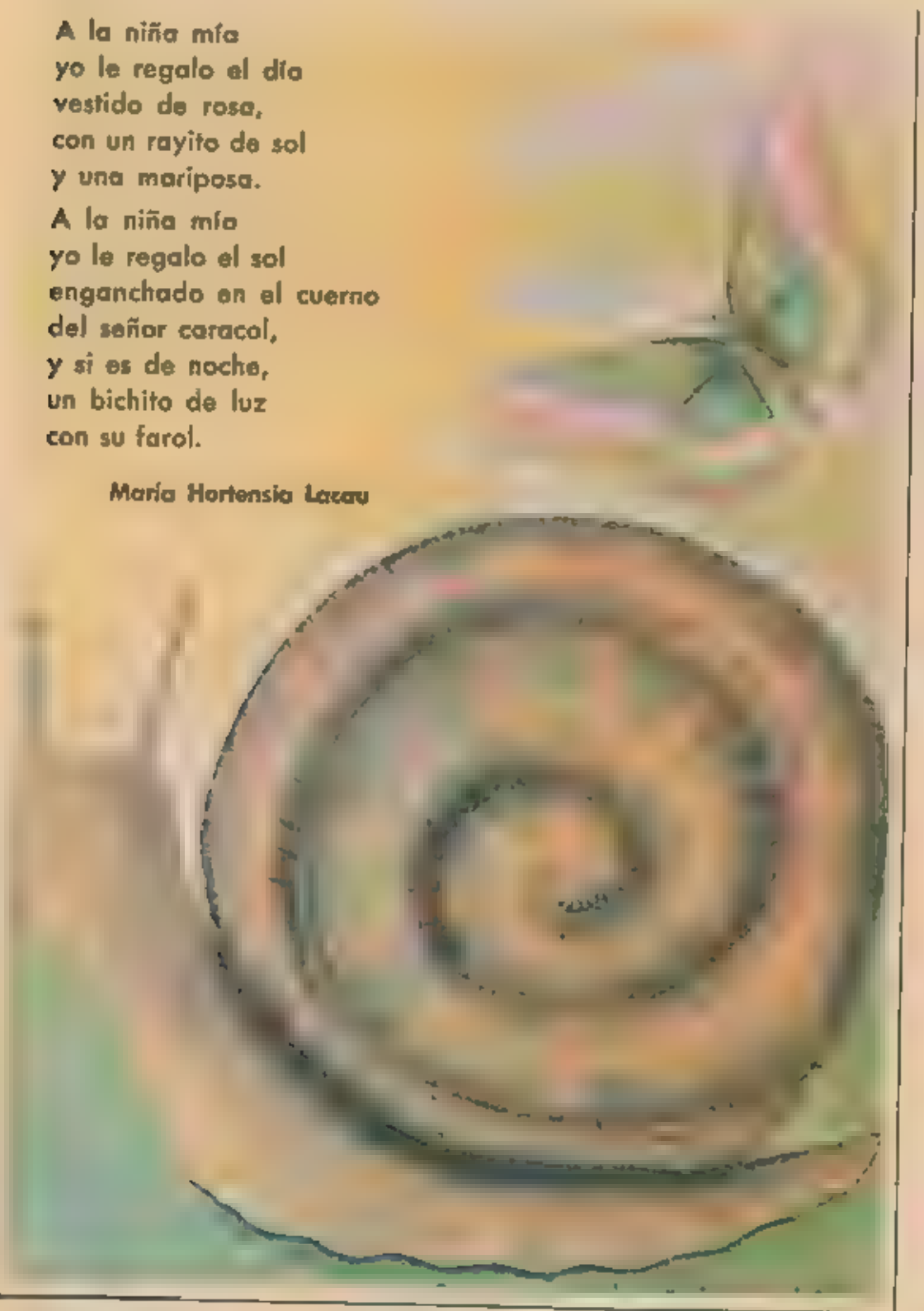
—Ya ven que ante mi figura el más terrible de los leones que existen se ha acobardado, se ha inclinado respetuosamente. ¡Por lo tanto, desde hoy me llamaré el Caballero de los Leones!

Miguel de Cervantes Saavedra
(versión de Polidoro)

Canción del regalo

A la niña mía
yo le regalo el día
vestido de rosa,
con un rayito de sol
y una mariposa.
A la niña mía
yo le regalo el sol
enganchado en el cuerno
del señor caracol,
y si es de noche,
un bichito de luz
con su farol.

María Hortensia Lacau



El hijo del minero

Pancho es hijo de un minero. Muy temprano, cuando aún todo está oscuro, los padres de Pancho se levantan. La mamá prepara el desayuno y el papá se arregla rápidamente

Algunas veces Pancho también ha bajado a la mina, cuando le lleva la comida a su padre.

Mientras baja en el elevador se le figura que entra en un hormiguero muy grande. Parece que nunca va a terminar de bajar. A él le gustaría llegar hasta el centro de la Tierra, allá donde dicen que hay fuego.

A Pancho no le da miedo la mina con sus galerías oscuras. Sabe que no podría perderse, porque todos lo conocen. En cuanto lo ven, lo saludan con blancas sonrisas en medio de sus caras negras por el mineral.

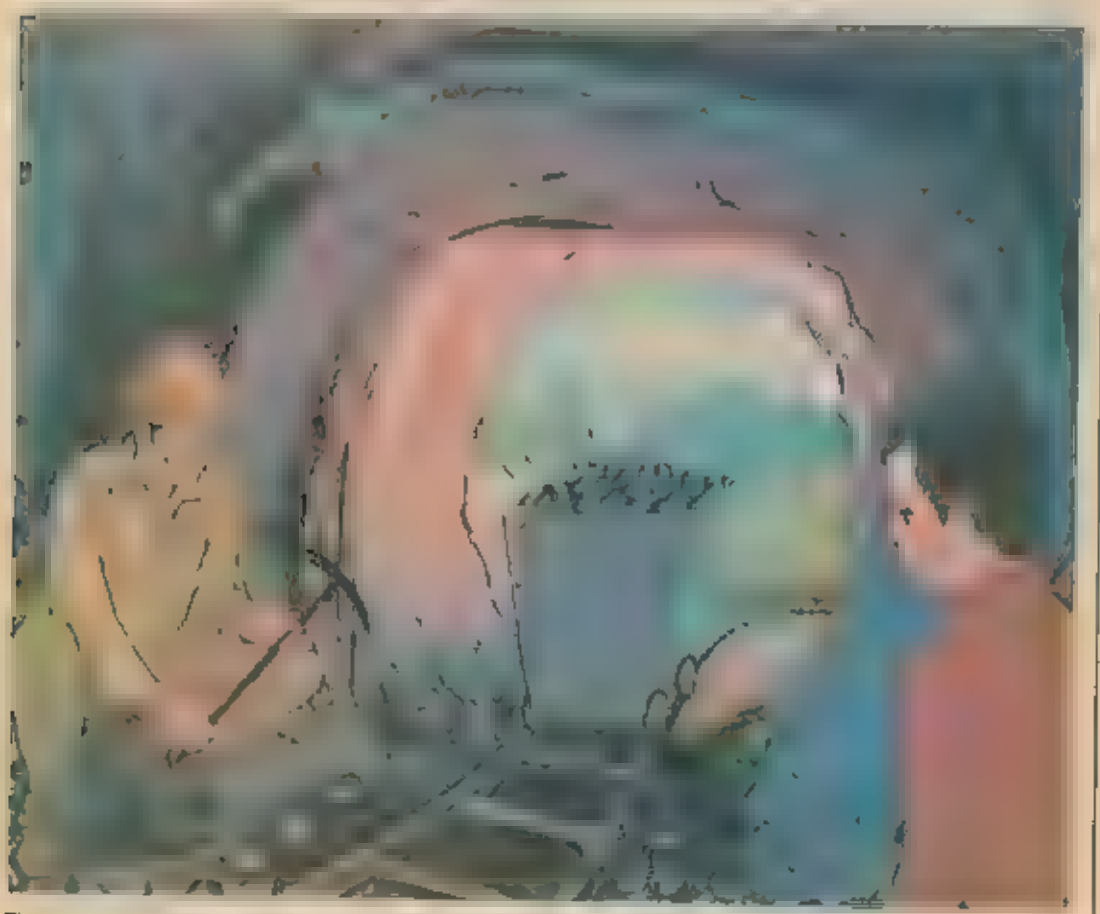
—Tu papá está allá abajo —le dicen.

Pancho llega hasta donde está su padre, que recoge la

portavianda, la abre y comienza a comer sosegadamente. Mientras tanto, Pancho se dedica a curiosear. Ve cómo llenan de carbón una vagoneta, es un carbón negro y brillante. A Pancho le gusta aquel color. Pero le parece más hermoso cuando se quema. Entonces se pone rojo. A él le gusta mucho el fuego: mirarlo, encenderlo, y si fuera posible, llegar a tocarlo. Por eso le gustaría bajar al centro de la Tierra.

Una vez vio en una película las aventuras de unos hombres que bajaron al centro de la Tierra, y desde entonces piensa que le gustaría tener él, Pancho, el hijo del minero, tantas aventuras como las que tuvieron los héroes de la película.

Su padre, con toda seguridad, se sentiría muy orgulloso y les diría a sus amigos: —¿Saben? Mi hijo Pancho bajó hasta el centro de la Tierra. Y cuando él pasara por las calles del pueblo todos se le quedarían mirando y comentarían en voz baja: —Miren, ese es Pancho, el que logró llegar hasta el centro de la Tierra.



A la orilla del camino

A la orilla del camino
hay una fuente de piedra,
y un cantarito de barro
—glu-glu - que nadie se lleva.

Antonio Machado

¡Viva el sol de la mañana!

¡Viva el sol de la mañana!
¡Viva el sol!,
grita el pájaro en la rama.

Y el campesino le canta:
¡Viva el sol!

Y el naranjito agobiado
de naranjas: ¡Viva el sol!

Y el tejado de la casa:
¡Viva el sol!

Y el caballo que lo siente,
tibia yerba, en la garganta:
¡Viva el sol!

¡Viva el sol! le sube el río,
y la bandera que pasa:
¡Viva el sol!

Toda la tierra es un ¡Viva!
el mundo todo, una salva:
¡Viva el sol!

Rafael Alberti

¡Toros! ¡Toros!

El primer descubrimiento de pinturas rupestres lo hizo una niñita de cinco años. Así sucedió. Fue en el año de 1879 en las Cuevas de Altamira, en el norte de España. María se llamaba la niña. Su padre buscaba herramientas de la Edad del Hielo en unas cuevas. Mientras él trabajaba, la niña, para no aburrirse, prendió una vela que iluminó parte de la pared de la cueva.

—¡Toros! ¡Toros! —gritó de pronto la pequeña María.

Acudió asustado el padre pensando cómo los toros pudieron meterse hasta la caverna, pero María señalaba el techo. El padre miró aquello y se quedó boquiabierto.

En el techo de roca estaba pintada toda una procesión de animales un caballo salvaje trotando, un oso, un gracioso venado y algunos bisontes de grande cornamenta. María no conocía los bisontes y por eso creyó que eran toros.

Eran pinturas antiquísimas, tan antiguas como las herramientas

que el padre de María había encontrado en la cueva. Los dibujos, llenos de colorido, parecían recién pintados.

El padre de María pensó que nadie creería en la remota antigüedad de las pinturas, que la gente iba a pensar que un artista del pueblo las había pintado para sorprenderles.

María era ya una mujer cuando se encontraron pinturas parecidas a las de Altamira en otras cuevas cercanas, y científicos de todo el mundo llegaron a estudiarlas. En las paredes y techos de esos cuartos subterráneos estaba dibujado todo el antiguo reino animal y algunos hombres.

Los colores rojo, café, amarillo, violeta y negro se habían logrado con minerales que se encontraban en el lodo y las rocas del terreno, y con vegetales mezclados con grasa animal y agua. Algunas veces las figuras se trazaron y cincelaron sobre piedra con herramientas afiladas. Por medio de esas manifestaciones artísticas se ha podido averiguar cómo eran los hombres que las hicieron, el lugar donde vivieron y la naturaleza que los rodeaba.

Coplas de cuna para un negrito

De negros padres
nació este niño,
como ellos negro,
negro macizo

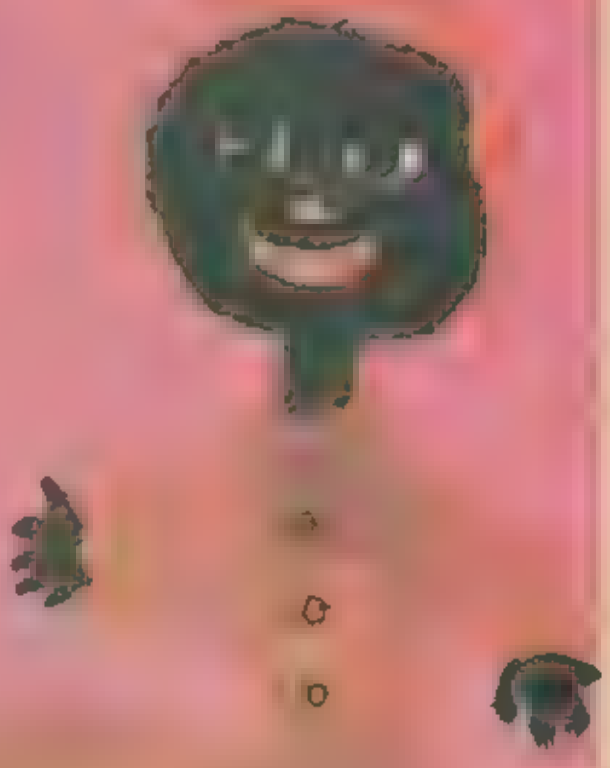
Este niñito
tan negro es
que, cuando llora,
llora café.

A mi negrito
yo no lo cambio
ni por un negro,
ni por un blanco.

Es mi negrito,
dientes de nácar,
la más alegre
de las maracas.

Dice la gente:
—Relampaguea . . .
—y es mi negrito
que parpadea.

Germán Berdiales



El león y el perrito

En el parque zoológico entró una vez un perrito que se había extraviado.

Después de husmear por aquí y por allá, terminó por meterse en la jaula del león y se encogio en un ángulo de la jaula con el rabo entre las patas.

El león se le acercó y lo olfateó. El perrito se tendió de espaldas, levantó las patitas y agitó la cola.

El león le dio la vuelta con una de sus fuertes garras

El perrito se levantó y se alzó de manos ante el león. El león lo miró, volvió la cabeza a un lado y a otro, y no lo tocó.

Cuando el hombre que cuidaba de las fieras echó al león su

comida, éste arrancó un buen pedazo de carne y le dejó el resto al perrito.

Al anochecer, cuando el león se acostó, el perrito se tendió a su lado y descansó la cabeza en una pata del león.

Desde entonces, el perrito vivió en la jaula con el león; comían y dormían juntos, y a veces también jugaban.

En cierta ocasión, un señor fue al parque y vio que el perrito aquel, tan amigo del león, era el suyo. Entonces pidió al cuidador del parque que se lo devolviera. El cuidador empezó a llamar al perrito para sacarlo de la jaula, pero el león, erizada la melena, rugió furioso, y el perrito no se movió de su rincón.

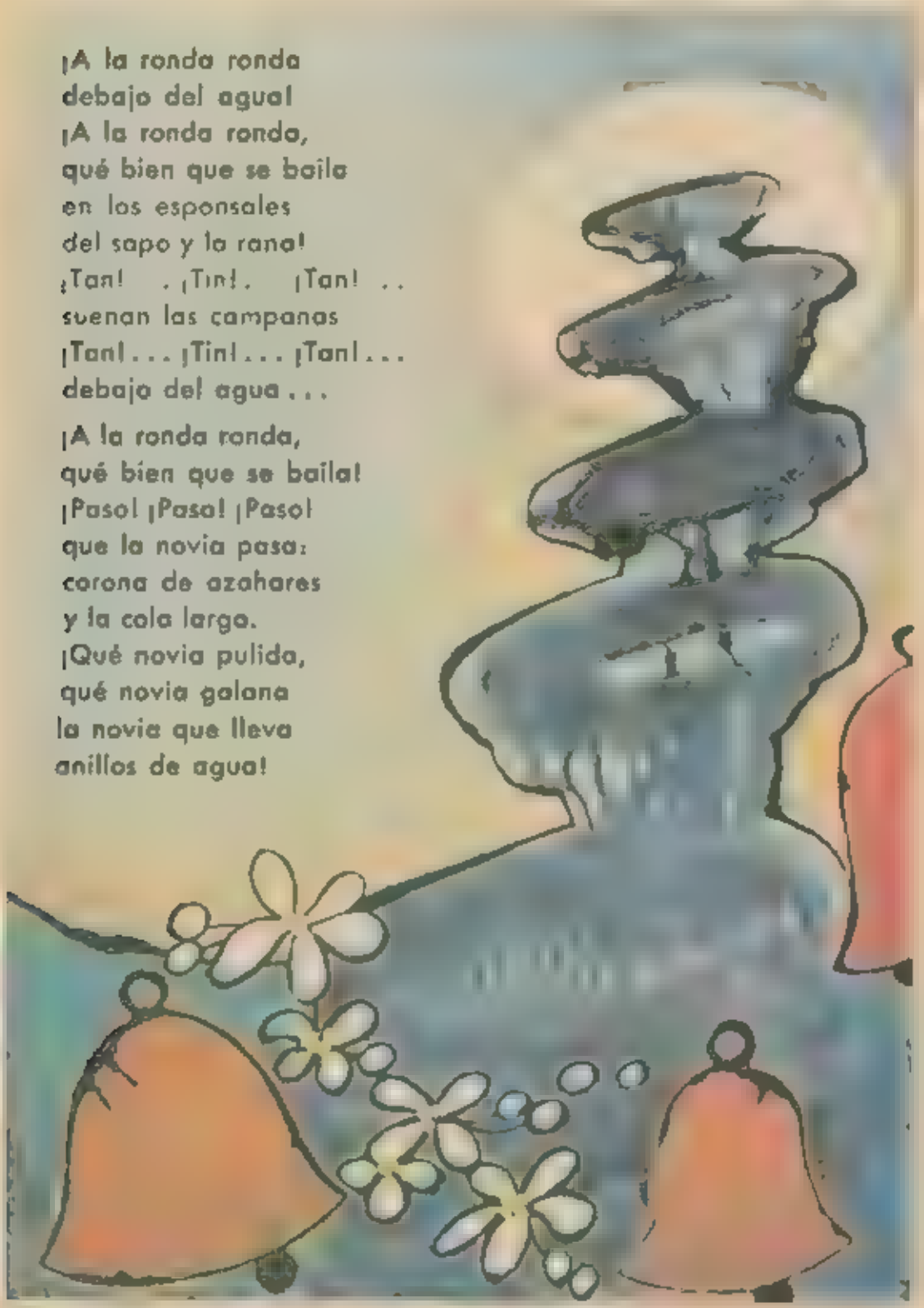
De este modo el león y el perrito siguieron viviendo, muy amigos, en la misma jaula por mucho tiempo.

León Tolstoi

Ronda del sapo y la rana

¡A la ronda ronda
debajo del agua!
¡A la ronda ronda,
qué bien que se baila
en los esponsales
del sapo y la rana!
¡Tan! . ¡Tin! . ¡Tan! . .
suenan las campanas
¡Tan! . . . ¡Tin! . . . ¡Tan! . . .
debajo del agua . . .

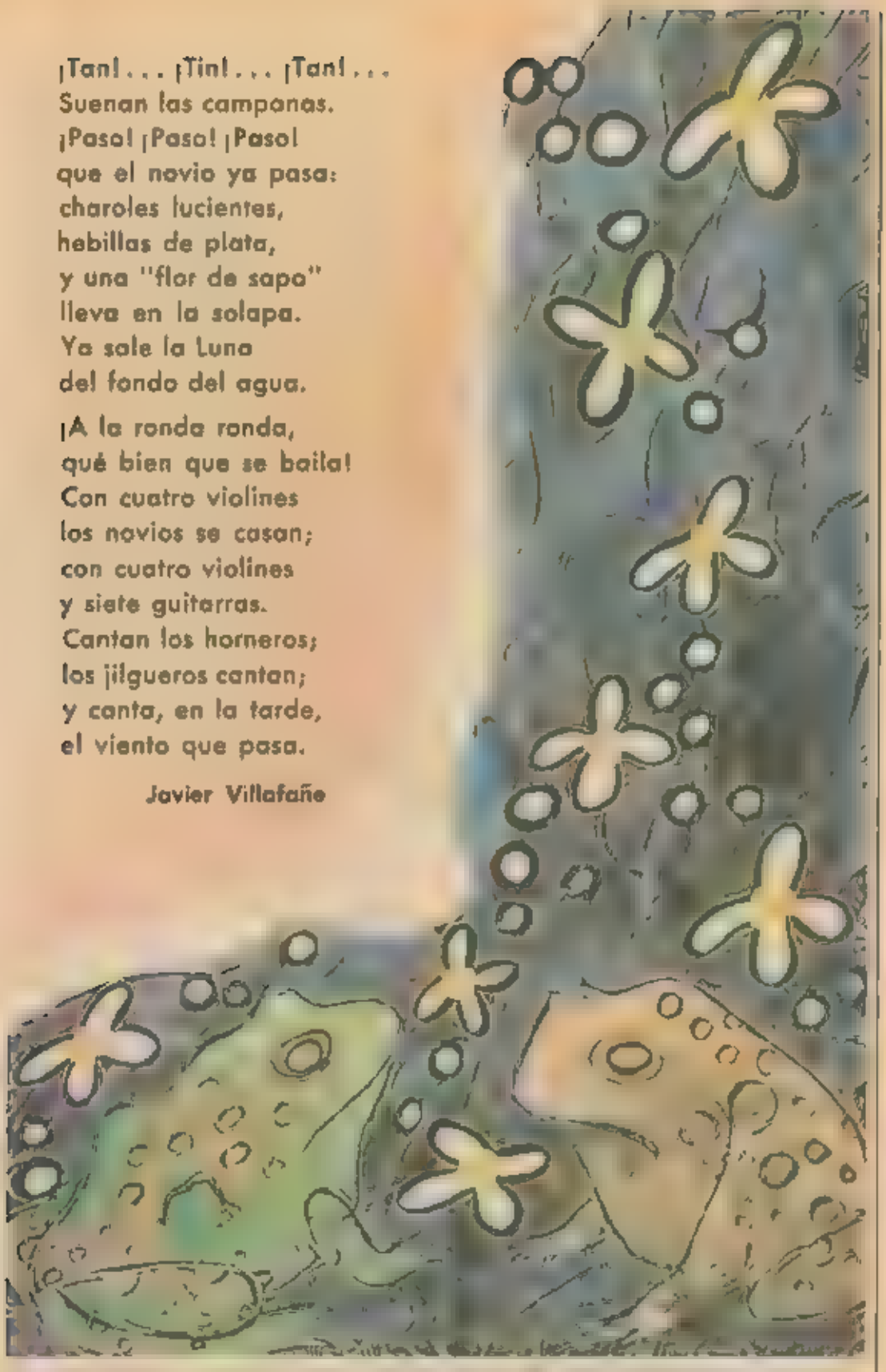
¡A la ronda ronda,
qué bien que se baila!
¡Paso! ¡Paso! ¡Paso!
que la novia pasa:
corona de azahares
y la cola larga.
¡Qué novia pulida,
qué novia galana
la novia que lleva
anillos de agua!



¡Tan! . . . ¡Tin! . . . ¡Tan! . . .
Suenan las campanas.
¡Paso! ¡Paso! ¡Paso!
que el novio ya pasa:
charoles lucientes,
hebillas de plata,
y una "flor de sapo"
lleva en la solapa.
Ya sale la Luna
del fondo del agua.

¡A la ronda ronda,
qué bien que se baila!
Con cuatro violines
los novios se casan;
con cuatro violines
y siete guitarras.
Cantan los horneros;
los jilgueros cantan;
y canta, en la tarde,
el viento que pasa.

Javier Villafañe



El árbol

Tú que pasas y levantas contra mí tu brazo, antes de hacerme mal, mírame bien.

Yo soy el calor de tu hogar en las noches frías de invierno.

Yo soy la sombra amiga que te protege contra el sol de agosto. Mis frutos sacian tu hambre y calman tu sed.

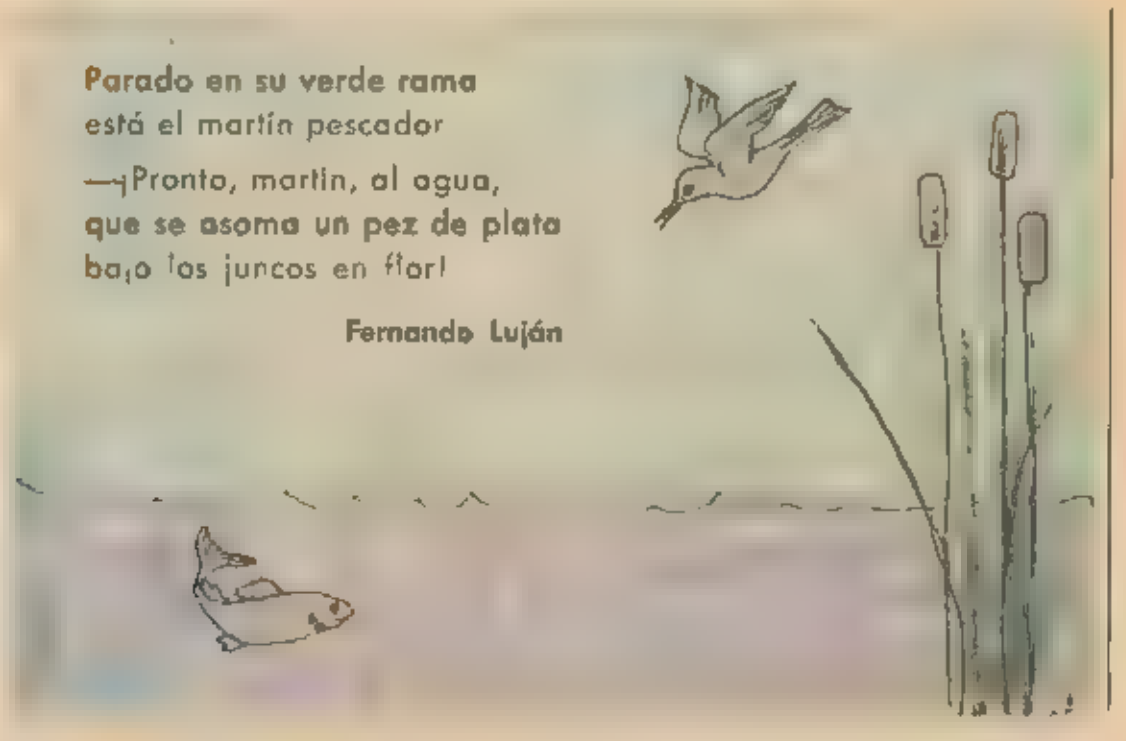
Yo soy la viga que soporta el techo de tu casa, las tablas de tu mesa, la cama en que descansas

Soy el mango de tus herramientas, la puerta de tu casa.

Cuando naces, tengo madera para tu cuna, cuando mueres, en forma de ataúd, aun te acompaño al seno de la tierra.

Soy pan de bondad y flor de belleza. Si me amas como merezco, defiéndeme contra los insensatos.

El martín pescador



Parado en su verde rama
está el martín pescador
—¡Pronto, martín, al agua,
que se asoma un pez de plata
bajo los juncos en flor!

Fernando Luján

Día de sol

Día de sol:
hay una mariposa
en cada flor . . .

José Juan Tablada

El pinito

Éste era un pinito que había nacido en medio de un bosque. Mirando a los otros árboles de espeso follaje y comparando sus hojas picudas y cortantes, se lamentaba:

—Todos mis compañeros tienen hermosas hojas carnosas y tiernas. ¡Las mías son duras, tiesas y picudas! Sólo por causarles envidia —decía— quisiera yo que mis hojas fueran de oro.

A la mañana siguiente, cuando amaneció, se quedó maravillado. Las hojas de oro que deseaba adornaban ahora sus ramas. ¡Qué contento se sentía!

Los árboles de los alrededores comentaban entre sí:

—¡El pinito se ha vuelto de oro!

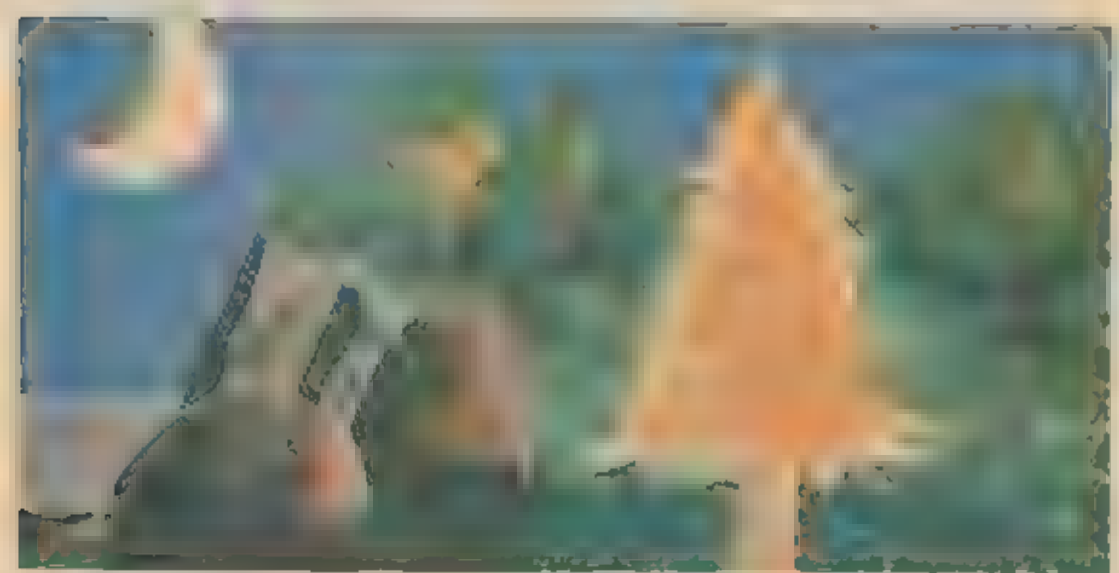
Y un ladrón que pasaba en esos momentos por el bosque dijo al oírlos:

—¡Un pino de oro! Pues será mío.

Como temía ser visto a la luz del día, volvió por la noche con un costal y arrancó todas las hojas de oro sin dejar una sola. Las guardó en su costal y se fue.

Al día siguiente, cuando amaneció, el pinito se vio desnudo de hojas y se puso a llorar:

—¡Yo no quiero hojas de oro porque vienen los ladrones y se



las llevan todas! Mejor las quisiera de vidrio, porque el vidrio brilla también y no es codiciado como el oro.

Al día siguiente, cuando amaneció, se vio cubierto con las hojas que deseaba. Muy contento se dijo en voz baja:

—En lugar de hojas de oro, tengo hojas de vidrio; nadie me molestará.

Y todos los vecinos lo miraban y decían.

—¡El pinito se ha vuelto de vidrio!

En la noche se desencadenó la tempestad; sopló el viento con violencia y a pesar de las súplicas del arbolito, le rompió todas sus hojas de vidrio.

Cuando a la mañana siguiente el pinito se dio cuenta completa del desastre, volvió a llorar como la víspera:

—¡Ay, qué desgraciado soy! ¡Otra vez estoy desnudo! ¡Me robaron mis hojas de oro, me rompieron mis hojas de vidrio! ¡Qué desgraciado soy! Mejor quisiera tener hojas carnosas, verdes y tiernas como todos los árboles del derredor.

A la mañana siguiente, cuando salió el sol, se vio adornado con las hojas que deseaba.

—¡Qué contento estoy! —dijo—, nadie me molestará.

Y los árboles vecinos decían:

—¡El pinito está igual a nosotros!

Pero a poco rato llegó una hermosa cabra con sus chivitos y, viendo al pinito tan grande y apetitoso, llamó a sus pequeños y les dijo:

—Vengan, hijos míos, que he encontrado algo bueno.

Y entre la cabra y los chivitos en un momento dejaron pelón al pobre arbolito.

Al día siguiente, cuando amaneció, viéndose desnudo por tercera vez volvió a llorar como un chiquillo:

—¡Qué triste estoy! ¡Ya estoy desnudo otra vez! ¡Me han robado mis hojas de oro; me rompieron mis hojas de vidrio, y se comieron mis hojas verdes y tiernas! ¡Qué triste estoy! Mejor quisiera tener mis hojas picudas y cortantes que a nadie se le antojan.

Cuando amaneció, los deseos del pinito se vieron cumplidos nuevamente. Mirando sus viejas hojas duras y cortantes se sintió feliz y satisfecho.

Y los árboles vecinos, oyéndolo cuchichear, se dijeron en voz baja:

—El pinito ya está como antes, como debe ser un pino de su familia; sin disfraces.

Noemí Weller

El río

Siempre soñando hacia el mar
como una canción de plata,
va cantando en sus cristales
desde la noche hasta el alba:
viene cargado de pájaros,
viene oloroso a montaña:
¡siempre soñando hacia el mar,
camino que nunca acaba!

Cesáreo Rosa Nieves

Una amarga experiencia

El otro día tuvimos que hacer en clase, por escrito, unos ejercicios de matemáticas y la maestra me puso una R. Es cierto que no fui el único que sacó R. A Jorge también le pusieron la suya. Los demás sacaron MB.

La maestra escribió unos recados para que nuestros papás los firmaran, en donde les decía que estábamos mal en matemáticas, que deberíamos estudiar más, y otras cosas por el estilo.

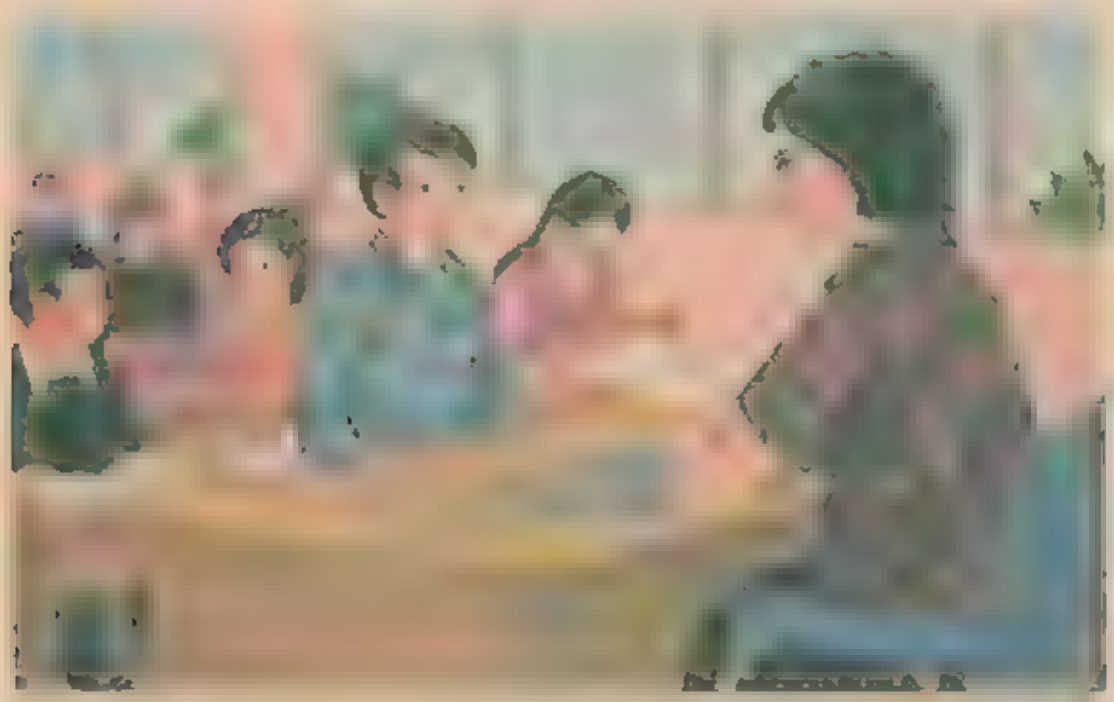
Yo estaba verdaderamente preocupado por el recadito de la maestra, y también porque no sabía cómo hacer para que mi mamá no se enojara . . . mucho. Jorge, al notar mi preocupación, me aconsejó:

—Pues haz lo que hace Andrés, mi vecino. Verás: el otro día que sacó mala calificación, llegó a su casa callado, callado, casi arrastrando la mochila, y se sentó desmadejado en una silla. La mamá lo miró preocupada.

—¿Qué te pasa, Andrés? —le preguntó.

—Nada —contestó él.

—¿Por qué tienes ahora esa cara de aburrido?



—Porque sí.

—¿No te habrás portado mal en la escuela, verdad?

—No, no me porté mal.

—¿Te peleaste con algún compañero?

—No.

—¿Rompiste un vidrio, entonces?

—No, no rompí ninguno.

La mamá se fue, muy preocupada, a poner la mesa y, cuando llamó a Andrés a comer, él se sentó, pero no comía nada, sólo contemplaba el plato con cara de inapetente.

—¿Por qué no comes, Andrés?

—No tengo ganas.

—Pues estarás enfermo, porque solo así dejas de comer. Ve afuera a jugar un rato para que se te abra el apetito.

—No tengo ganas de hacer nada.

Entonces sí se preocupó muchísimo la mamá de Andrés. Le tocó la frente. Le puso el termómetro.

—No tienes fiebre, Andrés. ¿Qué es lo que te pasa? ¡Anda, dilo de una vez, antes de que me vuelva loca!

—Es que me reprobaron en matemáticas.

—Ajá, ¿de modo que por eso es esta comedia?

—Sí, por eso.

—Mejor sería que te pusieras a estudiar, porque además de que es más fácil estudiar que hacer comedias, nunca te reprobarían. Andrés, ven a comer, y después de un rato, te pones a estudiar.

Eso iba contándome Jorge mientras caminábamos rumbo a nuestras casas, y cuando llegué a la mía, ya estaba decidido a imitar a Andrés. Así que entré, me senté en una silla, agaché la cabeza y puse una cara triste, tristísima. Mi mamá se acercó, me observó con curiosidad y me preguntó:

—¿Qué te pasa? Saliste reprobado en matemáticas, ¿verdad?

—Sí —le contesté.

Y empezó a darme una tunda que recordaré todos los días de mi vida.

N. Nosov
(adaptación de Armida de la Vara)

Doña Jacaranda

Abrió su sombrilla
doña Jacaranda
y salio a la calle
muy aseñorada.

Una alfombra fina
con hilos morados
teje en estos días
de febrero y marzo.

Abra su sombrilla,
doña Jacaranda,
y adorne su alfombra
con flores moradas

Adrián Ramírez Flores

Qué hace el viento cuando no sopla

(Pieza infantil en tres escenas)

Personajes: Jacinta
El Payaso
El Poeta
El Sabio

Escena primera: (Jacinta y el Sabio)

Jacinta:

Señor Sabio,
usted que sabe cuál es
la curvatura del horizonte,
la velocidad de la luz,
la distancia de cada estrella,
¿podría decirme
qué hace el viento
cuando no sopla?

Sabio:

Cuando el viento no sopla . . .
pues . . cuando no sopla . . .
pues . . . simplemente no es viento.
Para que pueda llamársele viento,
es necesario que sople.

Jacinta:

Señor Sabio,
usted puede saber cuánto pesa un elefante,
cuánto mide el cielo,
cuántas olas se rompen en la playa,
pero no tiene imaginación.

Escena segunda: (Jacinta y el Payaso)

Jacinta:

Amigo Payaso,
tú que dices cosas tan graciosas
y tan serias,
¿podrías decirme
qué hace el viento
cuando no sopla?

Payaso:

¡Sí que puedo!
El viento . .
Pues el viento
es la risa del aire,
la carcajada
que juega con tus cabellos,
Jacinta,
y que acaricia tus mejillas rosadas.

Jacinta:

Amigo Payaso,
todavía no me has dicho
qué hace el viento
cuando no sopla.

Payaso:

No te lo he dicho,
niña Jacinta,
porque cuando el viento
no sopla
es que el aire está triste

Jacinta:

¿Y llora el aire
cuando está triste?

Payaso

Sí, llora
y entonces . . .

Jacinta:

¿Entonces qué, amigo?

Payaso:

Pues entonces llueve.

Jacinta:

Pero a veces llueve
y también hay viento.
¿Cómo es eso?

Payaso:

Es que el aire
llora de alegría.

Jacinta:

O tal vez el aire no sabe
si reír o llorar,
amigo payaso

Payaso:

Como yo,
amiga Jacinta,
como yo.

Escena tercera: (Jacinta y el Poeta)

Jacinta

Amigo Poeta,
tú que dices cosas tan lindas,
que cantas a las flores,
a la lluvia, al sueño,
a las tardes, al amor,
¿podrías decirme
que hace el viento
[illegible] no sopla?

Poeta

[illegible]
[illegible],
duerme, duerme

y todo se queda quieto,
tranquilo,
en silencio:
las ramas de los arboles,
el mar, las nubes,
las espigas,
para no despertarlo.

Jacinta:

¿Y cuándo el viento despierta?

Poeta:

Cuando el viento despierta,
Jacinta, todo canta,
cantan los molinos,
canta el mar,
cantan los rehiletes,
los papalotes cantan

Gonzalo Celorio

[illegible] cae un fuerte chaparrón, todo tiene el mismo [illegible] y [illegible] se ven las montañas cercanas. Parece que el [illegible] gris se desploma sobre la tierra. Poco después, el cielo es [illegible] azul, el aire mas limpio, y las casas y las calles están como [illegible] lavadas.

★

En las altas montañas la lluvia viene, a menudo, acompañada de truenos y relámpagos que resuenan en los valles. El pastor vigila el rebaño que se apiña asustado, y se resguarda lo mejor que puede, con mangas de hule, a campo abierto. Él sabe muy bien que no debe guarecerse ni bajo los árboles, que atraen el rayo, ni en las cañadas, por donde de pronto baja el agua hecha un torrente. Pero después del temporal renacerá el verdor en los cerros y el lomerío, habrá buenos pastos, por bastante tiempo, para todo el ganado.

En los valles y llanos el agua cae, a veces, en cortina cerrada que inunda los campos y hace un lodazal de los caminos. El temporal ahuyenta al campesino que ya no puede seguir su labor y debe esperar pacientemente en jacales o cobertizos que pase el aguacero. Pero gracias a la lluvia revivirán el trigo y los maizales, las cosechas serán buenas y no habrá hambre.

★

A los bosques y la selva, cada año llegan grandes nubes que permanecen meses y meses chorreando agua sobre árboles hombres y cabañas. Pero los bosques y las selvas necesitan esa lluvia torrencial para mantener los altos y espesos ramajes, las grandes flores de formas extrañas, las gruesas raíces, capaces de sostener y alimentar tanto follaje, y en donde se esconden las alimañas. Los hombres, que viven de lo que producen el bosque y la selva, agradecen esta lluvia.

Jorge Cots
(adaptación de Carlos H. Magis)

Las niñitas del maizal

Las niñitas del maizal
tienden a secar al sol
sus cabellos de azafrán.

Vestidas de verde tierno
en puntillitas se asoman
por los bejucos del viento.

Pelirrojas, despeinadas,
¡tienen un olor a infancia
y a tierra recién arada!

Ester Feliciana Mendoza

Cuatro perritos

Había una vez cuatro perritos recién nacidos que dormían en la cocina, cerca de la estufa, que era el lugar más abrigado y tibio. Al principio, apenas abrían los párpados y gruñían débilmente, arrastrándose hasta donde estaba su mamá, la perra Cadencia. Ellos no sabían nada de nada; no conocían el cielo ni los árboles, y como el viento no llegaba hasta debajo de la estufa, tampoco sabían lo que era el viento.

Un día los perritos se sintieron más fuertes; ya caminaban en sus cuatro patas y divisaban, por la puerta abierta de la cocina, los árboles que la brisa balanceaba. Entonces salieron los cuatro, con bastantes precauciones, a conocer el mundo. La primera dificultad que tuvieron fue bajar los tres escalones de la cocina. Titubearon un poco, y después los cuatro se dejaron ir de cabeza, cerrados los ojos, hasta llegar al pasto verde del patio. Y a los cuatro perritos les pareció que respirar el aire del campo y calentarse con los rayos del sol era lo mejor del mundo.

Desde ese día los perritos salieron desde temprano a jugar cerca de la casa. Y notaron que cada vez los escalones para bajar al patio se volvían más chicos. Intrigados, fueron a preguntar a la perra Cadencia qué estaba pasando con aquellos escalones.

—Los escalones no se hacen chiquitos —les explicó su mamá—, ustedes son los que crecen cada día más.

—¿Cada día más? ¿Llegaremos entonces a ser tan altos como ese arbolote?

—No, los perros nunca creceremos tanto como los árboles —les explico la perra Cadencia—, pero si crecen sanos y fuertes llegarán a tener mi estatura, que es la estatura mejor para un perro de nuestra familia.

—¡Aaaah! —dijeron los perritos, embobados de tener una mamá tan sabia.

Más tranquilos con aquella explicación, se fueron a hacer piruetas, a perseguir mariposas, a olfatear gusanos que se arrastraban sobre la hierba, a jugar con sus sombras, que nunca podían alcanzar Se divertían tanto que, cuando regresaban a comer, ya la comida se había enfriado.

Los cuatro perritos retozaron tanto esos días que no se dieron cuenta de que todo a su alrededor iba cambiando, hasta que cambió tanto que ya no pudieron jugar a los mismos juegos que antes. ¿Como podrían ahora perseguir mariposas, si se había soltado un viento fresco y se las había llevado? ¿Cómo perseguir sus sombras si el sol se ocultó tras una nube? ¿Cómo coger gusanos si ya no había y el pasto estaba húmedo y frío?

—¿Qué estará pasando ahora? —se preguntaban los perritos muy sorprendidos.

Al día siguiente el viento era más fuerte. Arrancaba los pétalos de las rosas y las hojas amarillas de los árboles. Los perritos trataron de colocar los pétalos en su lugar, pero viendo que de todas maneras se caían, empezaron a aullar.

—¿Pero por qué aúllan? —les preguntó una ardilla saltona— No hay razón para que lloren. Miren, cuando las hojas de los árboles se ponen amarillas y caen, es que se ha acabado el verano y ha llegado el otoño. ¡Y ahora podrán divertirse más que nunca!

La ardilla tenía razón.

Ahora las hojas amarillas formaban una alfombra que hacía fru-fru-fru cada vez que los perritos correteaban cazando hojas y rascando la hojarasca. Se divertían tanto que, cuando iban a comer, ya la comida se había enfriado. Así pasaron una temporada, hasta que se dieron cuenta de que tenían que cambiar de juegos, porque ahora el viento era tan fuerte que levantaba las hojas formando remolinos y el agua del estanque y de los charcos se había puesto dura, como si fuera de vidrio.

—¿Y ahora qué hacemos? —se preguntaban los perritos muy sorprendidos. Y como no encontraban un juego apropiado, comenzaron a aullar.

La ardilla saltona tuvo que explicarles esto:

—No sean tontos. No hay razón para entristecerse; si hay hielo en los charcos y el viento del norte sopla tan fuerte, es que

se acabó el otoño y ha llegado el invierno. ¡Ahora se divertirán mucho más y jugarán de otra manera!

Y así fue.

Salían corriendo al patio helado, de un salto bajaban los tres escalones y se perseguían entre sí hasta que jadeaban. Tanto jugaban a eso que, cuando regresaban a comer, ya la comida se había enfriado.

Los perritos no se dieron cuenta de que muy poco a poco el tiempo iba cambiando. Ahora, aunque no llovía, caían gruesas gotas de los árboles porque el hielo comenzaba a deshacerse y el sol calentaba más.

—¡Ya va a llegar la primavera! —les gritó la ardillita, que saltaba con su cola esponjada de un árbol a otro—. ¡Ya mero llega!

Y en efecto; empezaron a aparecer brotes nuevos en los árboles, las plantas comenzaron a crecer, como los perritos mismos, que decían orgullosos:

—Somos perros mayores; cumplimos ya un año y sabemos qué juegos podemos jugar en cada temporada, y aunque no podamos crecer como el árbol grande, tenemos la estatura mejor que un perro de nuestra familia puede tener.

Y entre hueso y juego, el cuento de los perros dice: ¡hasta luego!

Sergio Madero Báez
(versión de Armida de la Vara)

Caracola

Me han traído una caracola.
Dentro le canta
un mar de mapa.
Mi corazón
se llena de agua,
con pececillos
de sombra y plata.
Me han traído una caracola.

Federico García Lorca

El tlacuache y el coyote

Un día un tlacuache se encontró a un coyote que estaba al pie de un cerro.

—¿Qué haces allí, buen amigo? —le preguntó el tlacuache.

—Aquí estoy deteniendo el cerro porque se quiere caer. ¿No quieres ayudarme?

—Con mucho gusto —dijo el tlacuache.

—Bueno, pues espérame. Yo iré a buscar lo que hemos de comer y tú quédate aquí deteniendo el cerro. No lo vayas a soltar porque se caerá sobre ti.

Se despidió el coyote y se fue, pero como el coyote se tardaba mucho y el tlacuache ya se había cansado, se dijo:

—¡Voy a soltarlo, aunque se caiga, tengo hambre y voy a comer.

Soltó el cerro y escapó corriendo. Ya lejos se detuvo y vio que el cerro estaba parado y no se caía. Se enojó y dijo:

—Voy a buscar al coyote para matarlo, para que así nunca me vuelva a engañar.

Y se fue.

Al llegar junto a un árbol vio al coyote y le dijo:

—Tú me engañaste diciéndome que el cerro se iba a caer y que tú lo estabas deteniendo; y luego allí me dejaste diciéndome que ibas a traer la comida; y como no volvías, solté el cerro y no se cayó, y ahora, me la vas a pagar.

Y respondió el coyote:

—No soy yo el que te engañó; tal vez ha de haber sido un coyote que por allí pasó corriendo; y no te enojes, mira, mejor ven a comer chirimoyas.

—Pero no puedo subirme —dijo el tlacuache—, aviéntame una.

El coyote le aventó una madura y sabrosa y el otro se la comió.

—Está muy sabrosa —dijo—, aviéntame otra.

Le aventó una muy dura que se le atoró en la garganta. El coyote se fue corriendo y el tlacuache se quedó tirado en el suelo. Vinieron unas hormigas y le quitaron la chirimoya.

Entonces se levantó y se fue en seguimiento del coyote.

Lo encontró comiendo tunas y le dijo muy enojado:

—¿Por qué me aventaste una chirimoya que no estaba madura?

—Yo no fui —dijo el coyote—, yo acabo de llegar aquí; mira, no te enojes, mejor ven a comer tunas.

Dijo el tlacuache:

—Pero no puedo subirme. Aviéntame una.

El coyote le aventó una ya pelada, sin nada de espinas.

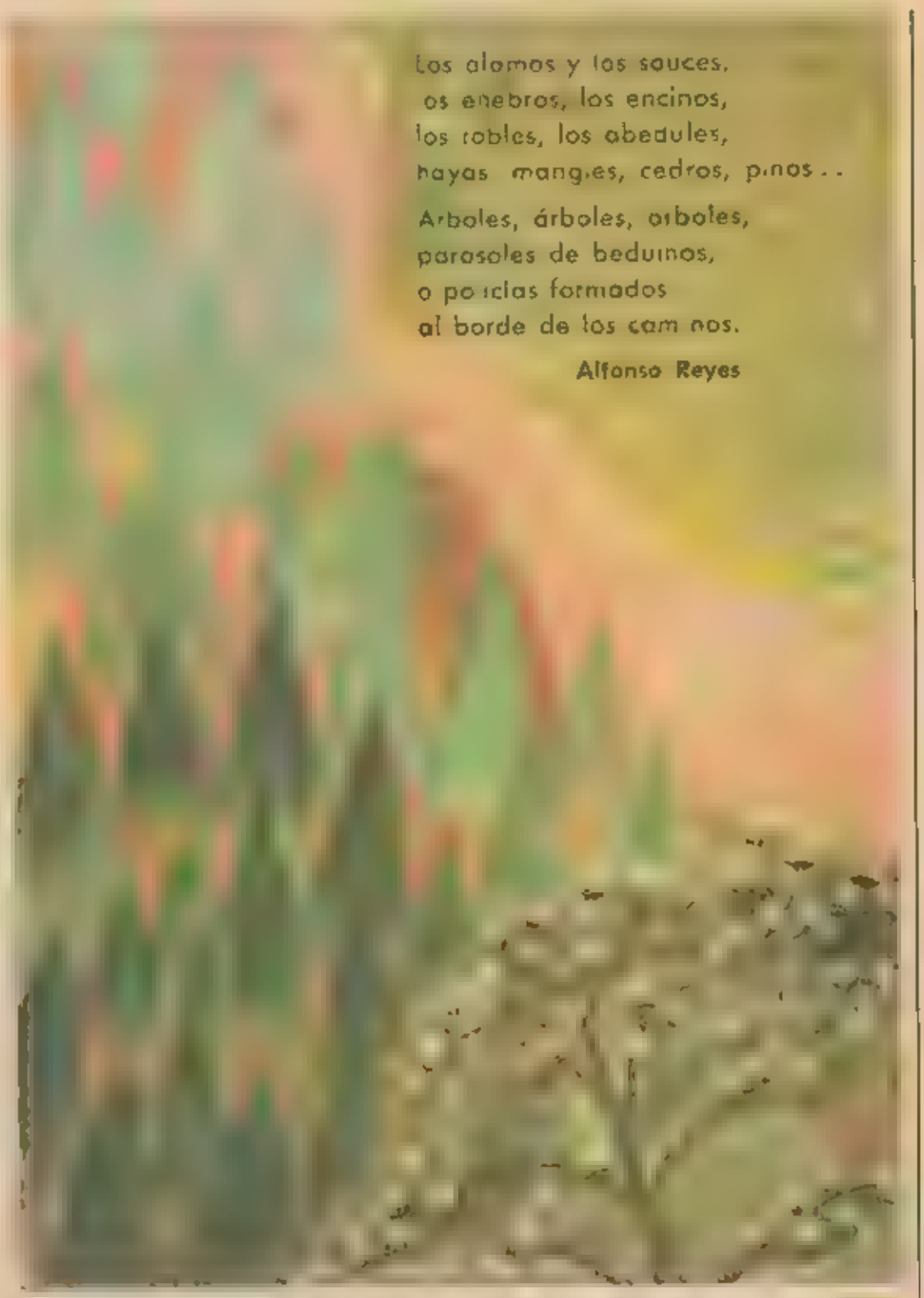
Después le dijo:

—Te voy a aventar otra; abre la boca para que te la comas.

Se la aventó con todo y espinas y se fue corriendo. El tlacuache, con la tuna atorada en la garganta no podía gritar y allí se quedó tirado hasta que vinieron unas hormigas y se la sacaron. Luego que pudo, se levantó y se fue corriendo a buscar al coyote. Pero jamás lo volvió a encontrar.

Cuento tradicional mexicano

Árboles



Los alamos y los sauces,
os enebros, los encinos,
los robles, los abedules,
hayas mangles, cedros, pinos..

Arboles, árboles, arboles,
parasoles de beduinos,
o policías formados
al borde de los caminos.

Alfonso Reyes

El Paricutín

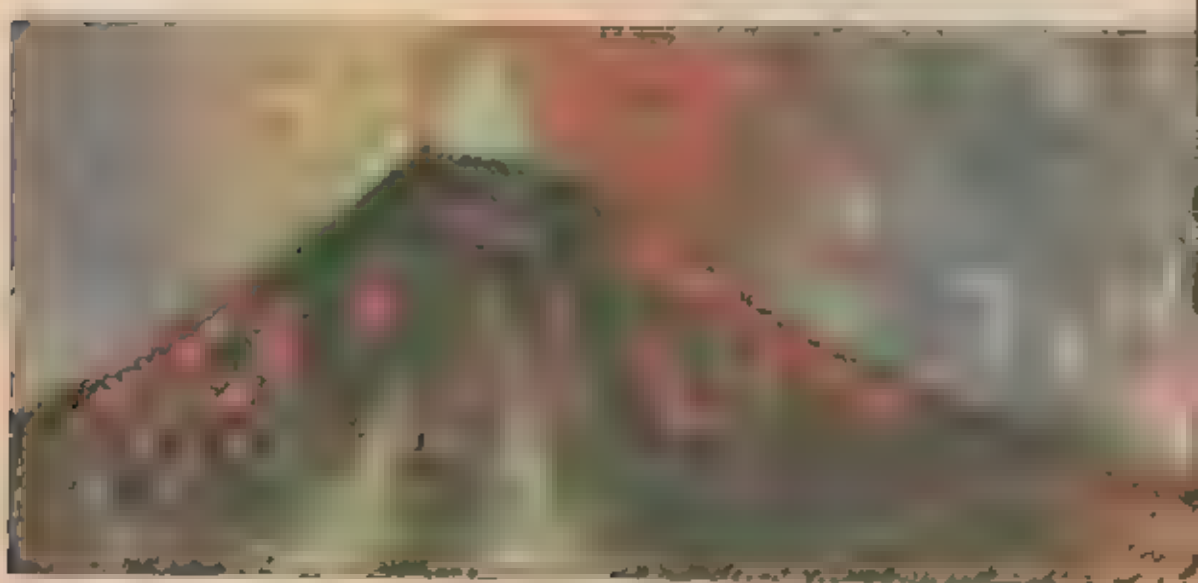
Voy a contarles algo realmente curioso y extraordinario: la historia de un hombre que vio reventar un volcán bajo sus propios pies. Porque un volcán en plena erupción lo ha visto mucha gente; pero ¿ver nacer un volcán, ver aparecer de repente un volcán en un campo cualquiera?

Pues verán, así pasaron las cosas:

En la tarde del 20 de febrero de 1943, Domingo Pulido, un labrador michoacano, araba tranquilamente su parcela, distante unos trescientos kilómetros de la ciudad de México. De pronto, como a cien metros de donde tenía hundida la reja de su arado, vio salir del suelo una columna de humo blanco que se elevó muy alto en el aire.

—¡Qué cosa más rara! —pensó Domingo—. Esta mañana sentí que la tierra temblaba, luego el suelo se puso tan caliente que casi me quemaba los pies, y ahora, ese chorro de humo . . . ¿qué será?

Dejó el arado y se acercó a la columna de humo para averiguar qué era aquello; pero de pronto un tremendo estampido lo dejó parado en seco. El chorro de humo se hizo más grande y subía con una fuerza y un ruido espantosos.



Domingo salió corriendo a toda prisa para avisar a su mujer; pero no tuvo tiempo ya de ver en pie su pobre cabaña.

Allí donde estaba el maizal de la parcela había ahora un espantoso surtidor de llamas, de arena y de enormes piedras encendidas que salían disparadas con ronquidos y truenos infernales. La gente huía enloquecida de miedo.

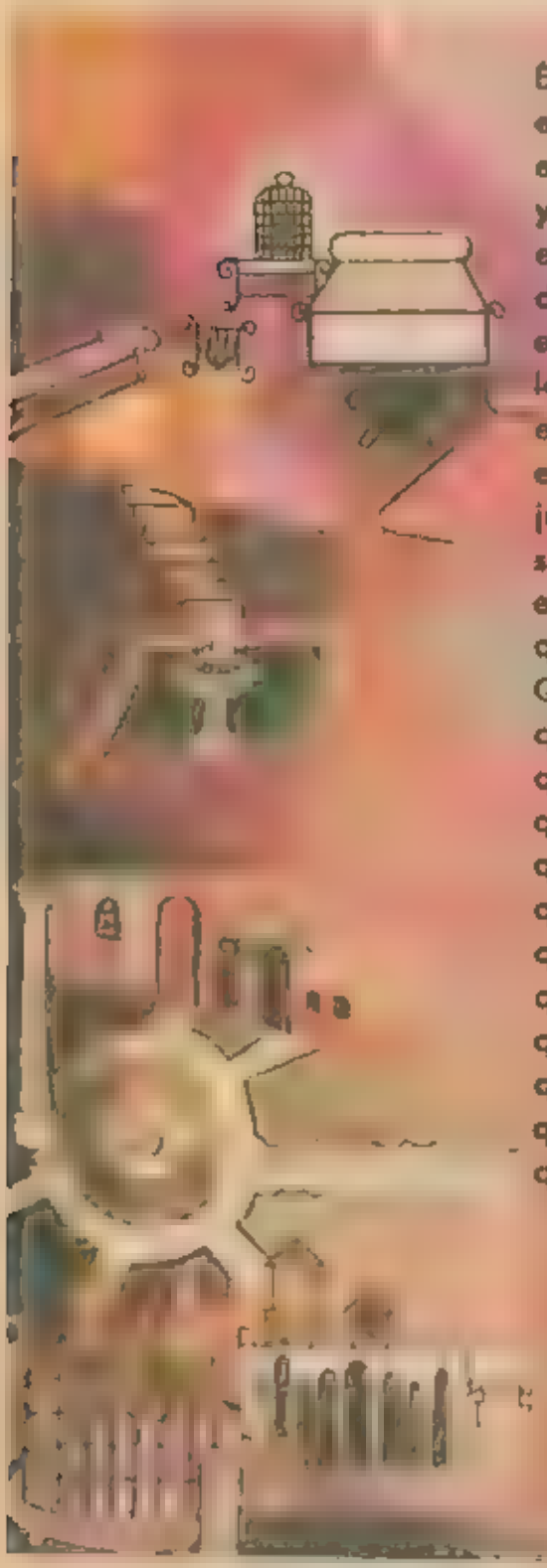
Vino la noche y todo se llenó con el resplandor de aquellas columnas de lumbre, nubes de humo y vapores asfixiantes. A cientos de metros subían enormes piedras ardientes al rojo vivo, como la descarga de un gigantesco cañón apuntando al cielo. El constante trueno era terrible y ensordecedor

Poco a poco se iba formando un montón de piedras, arena y cenizas alrededor de la boca de fuego. A la tercera noche empezaron a salir de aquella enorme chimenea bocanadas de lava: una masa centelleante fundida por el fuego que resbalaba por las laderas del compacto montón de piedras, convertido ya en un volcán.

Siete pueblecitos desaparecieron bajo las capas de ceniza de las explosiones Se secaron las fuentes y no hay hierbas ni árboles a muchos kilómetros a la redonda. Más de ocho mil personas tuvieron que dejar sus hogares y huir lejos del Paricutín, el volcán que un hombre casi vio surgir bajo sus plantas.

Hermindio Almendros
(adaptación de Armida de la Vara)

En la ciudad de Roma



Ésta es la ciudad de Roma,
en la cual hay una puerta;
esta puerta da a una calle
y la calle va a la plaza;
en la plaza hay una casa,
dentro de la casa, un patio,
en el patio una escalera;
la escalera va a una sala;
esta sala da a una alcoba;
en la alcoba hay una cama,
junto a la cama una mesa,
sobre la mesa, una jaula,
en la jaula un pájaro,
que cantando dice a todos:
Que lo saquen de la jaula
que está sobre la mesa
que está junto a la cama
que hay en la alcoba
que da a la sala
que va a la escalera
que baja al patio
que está dentro de la casa
que hay en la plaza
que da a la calle
que se dirige a la puerta
que hay en la ciudad de Roma.

El carbón

Ayer, al regresar de una excursión por la montaña, encontramos a una familia de carboneros en un bosque de robles. Vivían agradablemente, a juzgar por su aspecto robusto y sus ojos llenos de vivacidad.

Cuando nosotros llegamos, tres mujeres y dos hombres se dedicaban, en una pequeña explanada abierta entre la arboleda, a construir una carbonera, es decir, una pila de leño destinada a convertirse en carbón.

Tanto nos interesó su trabajo, que estuvimos contemplándolos más de una hora.

En el centro, con largos trozos de las ramas cortadas longitudinalmente, habían hecho una especie de chimenea, y alrededor de ella iban disponiendo otros más pequeños hasta formar una rueda bastante ancha.

Sobre este primer piso colocaban otro, luego un tercero, y así hasta llegar a la altura del cono central.

Entonces la cubrieron de ramas delgadas, de helechos, de hojarasca y, finalmente, de terrones cubiertos de hierba. Una vez terminada, parecía un hormiguero grandísimo sobre el que las primeras lluvias hubieran hecho germinar un tapiz de césped y musgo.

Mientras trabajaba, nos decía el jefe de aquel equipo de carboneros:

—Ahora prenderemos fuego a este montón, y después necesitaremos vigilarlo durante uno, dos o quizá tres días, porque el fuego, trabajando en el interior, seca y desmorona la tierra que lo cubre. Si dejamos entrar demasiado aire, ya podemos despedirnos del carbón, porque todo se va en humo y ceniza. Lo que el fuego hace dentro, no lo vemos. Es preciso saber cuándo se ha propagado a toda la masa, porque si cerramos los respiraderos antes de tiempo no tendremos carbón, sino leña ahumada. Los médicos, auscultando al enfermo, saben lo que tiene en los pulmones; nosotros, mirando el humo que sale de la carbonera y escuchando la crepitación interior, sabemos cuándo está ardiendo toda la leña. Cada cual conoce su arte, señor.

Uno de los pequeños dijo:

—Verdaderamente, no sé por qué se hace todavía carbón. Mi

mamá, para planchar, usa plancha eléctrica. Y gas para cocinar.

—Porque no sabes que sin el carbón no podrías beber el agua fresca y limpia que sale de las llaves de tu casa sin peligro de atrapar alguna grave enfermedad —explicó el carbonero.

—¡Ah!

—Naturalmente. El carbón es un desinfectante y un purificador de los mejores, y el agua que nosotros bebemos, si no pasa a través de un filtro construido por una capa de polvo de carbón, no podríamos usarla sin grave riesgo para nuestra salud.

El carbonero, con un manojo de ramas secas y un cerillo, prendió fuego a la carbonera. En seguida un hilo de humo salió por el respiradero central, subiendo lentamente y esparciéndose por entre las verdes ramas de los árboles.

Ya anochecía cuando nos despedimos y descendimos lentamente hacia el valle.

(versión de Alicia Fernández de Jiménez)

Platero, el burrito

Platero es pequeño, peludo, suave, tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Sólo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro.

Lo dejo suelto, y se va al prado, y acaricia tibiamente con su hocico, rozándolas apenas, las florecillas rosas, celestes y gualdas . . . Lo llamo dulcemente: "¿Platero?", y viene a mí con un trotecillo alegre que parece que se ríe, en no sé qué cascabeleo ideal.

Come cuanto le doy. Le gustan las naranjas mandarinas, las uvas moscateles, todas de ámbar, los higos morados, con su cristalina gotita de miel . . .

Es tierno y mimoso, igual que un niño, que una niña . . .; pero fuerte y seco como de piedra. Cuando paso sobre él, los domingos, por las últimas callejas del pueblo, los hombres del campo, vestidos de limpio y despaciosos, se quedan mirándolo.

—Tiene acero. Acero y plata de luna, al mismo tiempo

Juan Ramón Jiménez

El capitán

Madre, yo tengo mi barco
y tengo tripulación:
velero de cuatro palos,
marineros de cartón.

Mañana por la mañana,
cuando se levante el sol,
me iré, mandando en mi barco
mi brava tripulación.

Iré mañana hacia el mar
y tú me dirás adiós.

Prepara, madre, mi gorra,
¡mi gorra de capitán!
Que la blusa marinera
la abandoné junto al mar.

—¡Ay, mi niño, no te vayas,
tan pequeñito, hasta el mar!
Mira que es triste la noche
sobre tanta soledad.

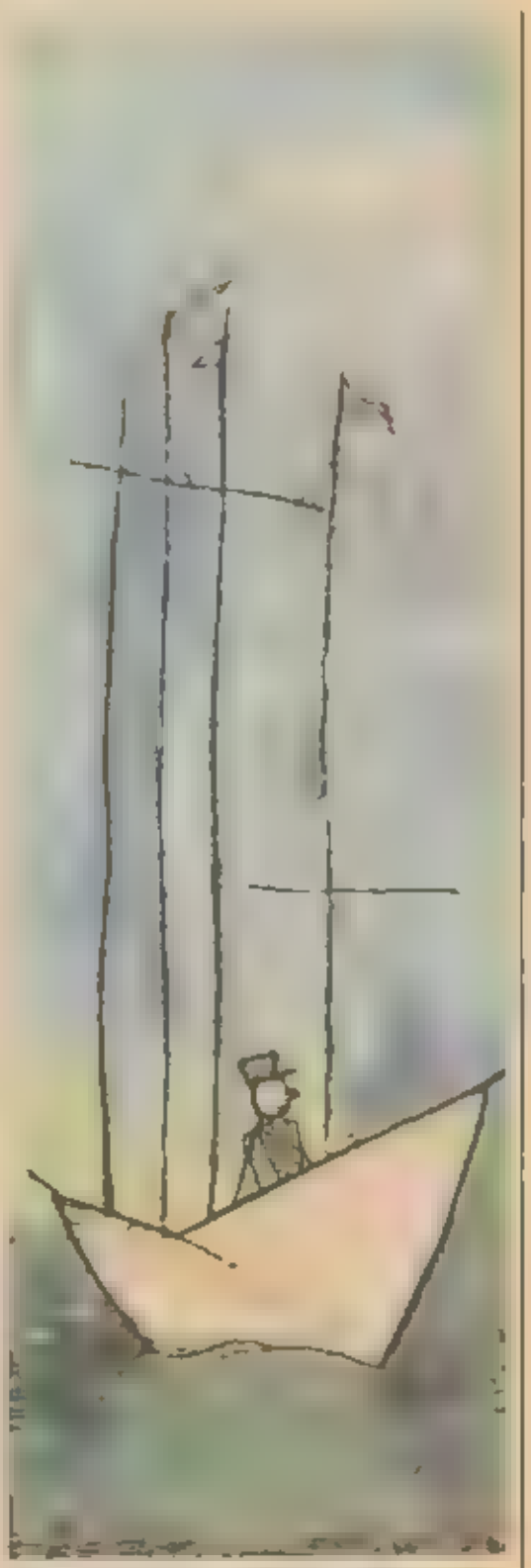
—¿Y quién velará tu sueño?
—Las estrellas velarán.
—¿Y quién cantará en tu lecho?
—Las sirenas cantarán.

—¡Ay, mi niño, no te vayas,
tan pequeñito, hasta el mar!

—Madre, ¡si tengo mi barco
y tengo tripulación:
velero de cuatro palos,
marineros de cartón!

Prepara, pronto, mi gorra,
¡mi gorra de capitán!
Que la blusa marinera
la abandoné ¡unto al mar.

Ricardo E. Pose



Los viajes de Marco Polo

Extraordinario es el caso, pero no por esto menos cierto, de un joven que movió a varios hombres a realizar aventuradas exploraciones por mares desconocidos a fin de descubrir y dar a conocer las ignoradas regiones del planeta.

De cuando en cuando se habían emprendido antes viajes de exploración; pero como los viajeros no escribían lo que habían visto, sus descubrimientos no reportaban ninguna utilidad al resto

del género humano. Marco Polo, un joven de quince años y de constitución no muy robusta, acometió la empresa de viajar por países desconocidos y salvajes en busca del camino de China; y después escribió las memorias de sus viajes dando cuenta de todo lo que había visto. Con sus narraciones, en que se describían lejanos países y la riqueza y esplendor de otros territorios, inspiró a otros hombres el deseo de visitarlos. En sus memorias, Marco Polo refería cómo había llegado a tan extrañas tierras y así los viajeros sucesivos no tenían más que seguir el camino que él había recorrido.

Marco Polo era natural de Venecia; su padre y su tío, llevados del amor a los viajes, ya habían ido a China, y al emprender una segunda expedición, resolvieron que Marco los acompañara. Debían atravesar abruptas montañas, áridos desiertos, países de sol abrasador y otros terriblemente fríos; el pobre Marco apenas podía sufrir al principio tan rudas fatigas, pero después, todo lo resistió con valor hasta el final.

Llegaron, por fin, a China, donde un poderoso monarca, llamado Kublai Kan, los recibió con suma amabilidad. Marco creció en la corte, aprendió varios idiomas y dio tales muestras

de ingenio que Kublai lo envió de embajador a Cochinchina, a la India y a otros países. De regreso de cada una de estas embajadas, Marco daba cuenta al rey, no tan sólo del resultado de su mensaje, sino de las condiciones, la topografía y demás particularidades de los países que había visitado: las costumbres de la gente y los negocios a que se dedicaban, las ciudades más importantes, los ríos y las montañas. Jamás había tenido el rey un emisario tan hábil, y en agradecimiento a sus servicios colmó de riquezas a Marco, a su padre y a su tío.

Los Polo decidieron, por fin, regresar a Venecia, su patria, de

la que habían estado ausentes por espacio de veintitrés años. El soberano sintió muchísimo su partida; pero al cabo consintió en ella. Marco recordaba todo cuanto había visto y observado, y posteriormente lo escribió en un libro; mas por espacio de mucho tiempo, no se dio crédito a sus narraciones. Nadie podía creer en la existencia de países tan extensos como China y la India, poblados de millones y millones de habitantes, y, al leer lo que Marco Polo refería de las ricas sedas, de las

deslumbrantes joyas y de los exquisitos perfumes y manjares, se consideraron sus relatos como pura fantasía. Pero, andando el tiempo, y con los progresos de la cultura, echóse de ver que había algo de verdad en las memorias del célebre viajero veneciano, y esto sirvió de poderoso estímulo para que otros hombres estudiaran y concibieran atrevidos planes de realizar nuevos descubrimientos. El gran Cristóbal Colón, que vivió dos siglos mas tarde, fue uno de los que estudiaron la obra de Marco Polo, de la que sacó gran provecho para concebir su plan de llegar por mar hasta la India.

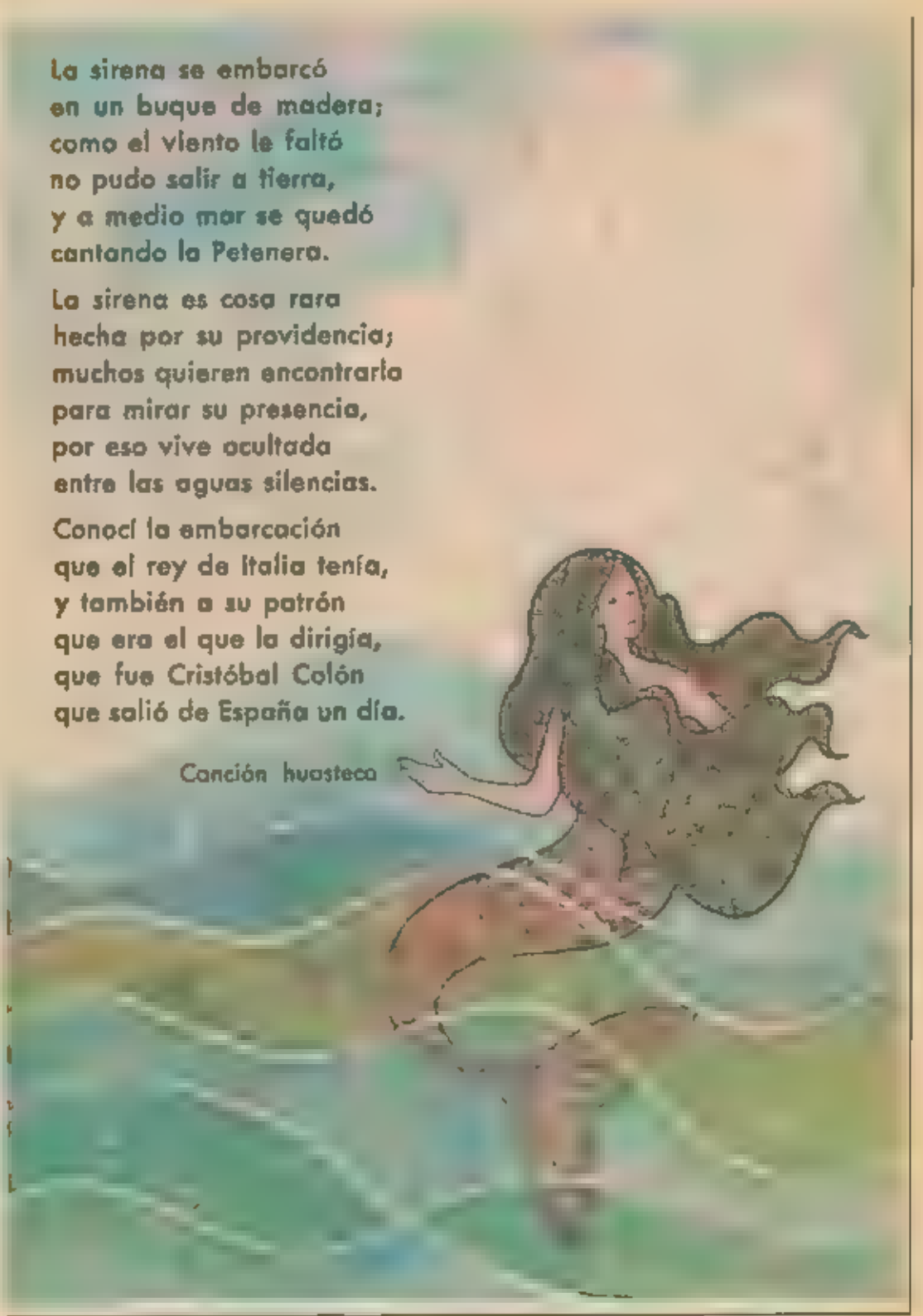
La sirenita

La sirena se embarcó
en un buque de madera;
como el viento le faltó
no pudo salir a tierra,
y a medio mar se quedó
cantando la Petenera.

La sirena es cosa rara
hecha por su providencia;
muchos quieren encontrarla
para mirar su presencia,
por eso vive ocultada
entre las aguas silencias.

Conocí la embarcación
que el rey de Italia tenía,
y también a su patrón
que era el que la dirigía,
que fue Cristóbal Colón
que salió de España un día.

Canción huasteca



Perséfone, la primavera

Era Deméter una diosa que cuidaba de todas las plantas, las frutas y semillas de la tierra. Ella enseñó a los labradores a arar los campos, a sembrar y a recoger las cosechas. Por eso todos la querían, igual que a Perséfone, su hija.

Perséfone pasaba el día entero en los jardines, entre las flores. La gente decía que donde estaba Perséfone brillaba la luz del sol y se abrían las flores cuando ella sonreía. Y era verdad.

Un día Perséfone vio brillar, al otro lado del campo, una hermosa flor blanca. Era el narciso más bello que hasta entonces había nacido sobre la tierra. La muchacha quiso cogerlo, pero estaba tan fuerte que no pudo arrancarlo. Entonces tiró de él con todas sus fuerzas, y lentamente el narciso salió, con raíces y todo.

La planta dejó en la tierra un hoyo que empezó a hacerse grande, y de él salieron, entre ruidos como de trueno, cuatro

caballos negros. Los caballos tiraban de un carro de oro y piedras preciosas que relucían al sol, y en él iba sentado un hombre moreno. Era Hades, el rey de las tinieblas. Al ver a Perséfone de pie entre las flores del prado, la cogió y la colocó sobre su carro dorado. Luego volvió a las profundidades de la tierra.

Perséfone, llena de miedo, comenzó a llorar a pesar de que Hades le hablaba de las maravillas de su reino y de todos los tesoros que tenía.

—Me siento muy solo en mi reino —le decía Hades—, por eso te llevo a mi palacio. Tú serás la reina y compartiré contigo todas mis riquezas.

Pero Perséfone no quería ser reina; quería volver al lado de su madre, quería ver de nuevo la luz del sol y contemplar los prados florecidos.

En la tierra todos se sentían desgraciados sin Perséfone; no cantaban los pájaros ni se abrían las flores, y los árboles se quedaron sin una hoja.

Deméter estaba inconsolable. Su espalda se encorvó y su cara

se llenó de arrugas, y como nada podía crecer sin ayuda de Deméter, la tierra se convirtió en un desierto. A todo mundo preguntaba por Perséfone, y nadie le daba razón, hasta que un día Apolo, el dios que en forma de sol se pasea por el cielo, le dijo que Hades se la había robado. Entonces Zeus, el padre de los dioses, mandó decir a Hades que devolviera a Perséfone antes de que la tierra quedara completamente estéril.

—Vuelve a la luz del sol, Perséfone —le dijo a la muchacha—, pero volverás a mi palacio y permanecerás en él medio año.

—¡Gracias, gracias, Hades! ¡Te prometo que volveré!

Cuando Deméter supo que su hija regresaba, lo celebró sacando sus tesoros más preciados, para que el mundo rebosara de gozo y de belleza. Pero cuando Perséfone volvía al reino de las tinieblas, Deméter cubría ríos y lagos con una blanca sábana de nieve.

Leyenda griega (adaptación de Armida de la Vara)

Limonero

¡Cuantos soles se han quedado
prend'aos al limonero,
cuántos soles amarillos,
¡jardinero!

—Para este verano
tú me exprimirás
un sol en el vaso.

Que yo quiero
sorberle,
sobre el campo azul,
jardinero,
bajo el cielo verde.

Pedro Juan Vignale

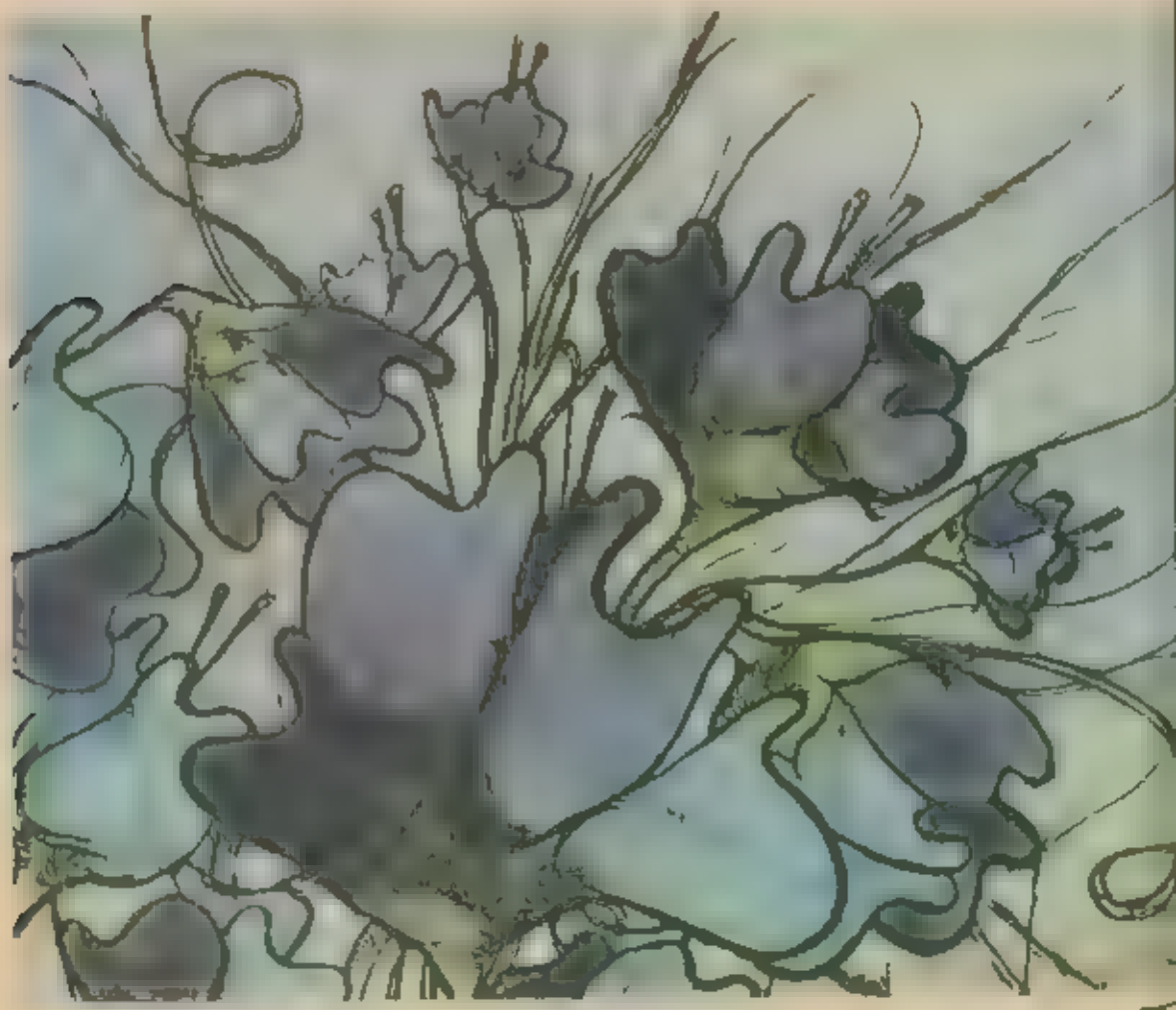
El cerco azul

Frente a mi casa hay un tupido cerco de enredaderas. Y todas las mañanas amanece azul, como si un trozo de cielo, durante la noche, se hubiera desmenuzado sobre él.

Muy temprano, apenas me levanto, abro la ventana de mi cuarto para mirar al hermoso cerco azul.

Debe ocultar muchos nidos porque son muchos los gorriones que entran, salen y se agitan chillando entre el verde laberinto de sus tallos.

A veces los chicos del barrio arrancan puñados de sus bellas flores y se las ponen en las gorras. Es como si llevaran penachos de cielo sobre la cabeza.



Pero las tiran en seguida.

Ayer vi que el lechero, al pasar, pegó al cerco con el látigo y la vereda quedó cubierta de campanillas mutiladas.

Yo sentí una indignación profunda ante ese torpe acto de maldad.

Creo que mirando ese cerco, ya tengo un motivo de alegría para todo el verano. No sé por qué, me serena verlo tan lleno de viva y sana belleza. Y creo que me da una constante lección de optimismo floreciendo siempre, cubriéndose de mañana a mañana con sus campanillas azules, a pesar de la avidez inconstante de los muchachos del barrio y de la crueldad torpe del lechero que, al pasar, le pega con el látigo.

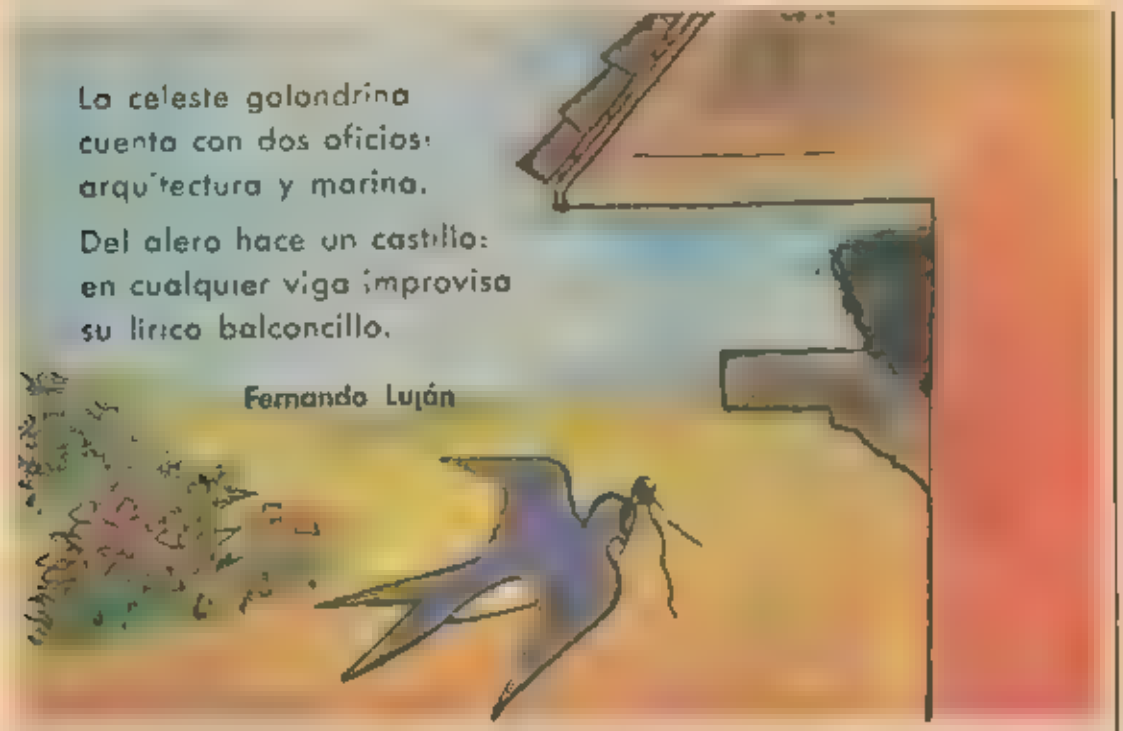
Juana de Ibarbouru

La golondrina

La celeste golondrina
cuenta con dos oficios:
arquitectura y marina.

Del alero hace un castillo:
en cualquier viga improvisa
su lírico balconcillo.

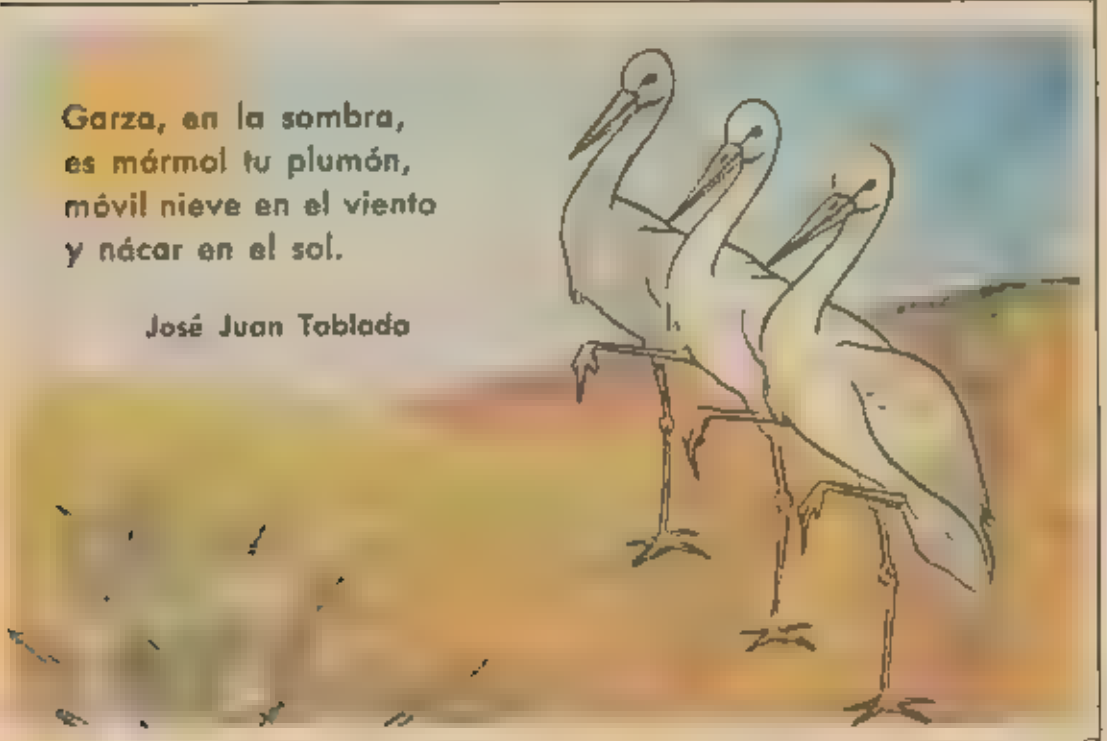
Fernando Luján



Garza

Garza, en la sombra,
es mármol tu plumón,
móvil nieve en el viento
y nácar en el sol.

José Juan Tablada



El gigante egoísta

Todas las tardes, al volver del colegio, los niños acostumbraban ir a jugar al jardín del gigante.

Era un hermoso jardín solitario con un suave y verde césped. Brillaban aquí y allá lindas flores sobre el suelo, y había doce durazneros que, en primavera, se cubrían de flores, y que en otoño daban hermosos frutos.

Los pájaros, posados sobre sus ramas, decían en su canto

—¡Qué felices somos aquí, qué felices!

Un día el gigante volvió. Había ido a visitar a su amigo el ogro, en donde había pasado siete años. Durante ese tiempo el gigante dijo a su amigo todo lo que tenía que decir, y decidió regresar a su castillo. Al llegar vio a los niños que jugaban en su jardín.

—¿Pero, qué hacen ustedes aquí? —les gritó con mucho coraje. Y los niños huyeron asustados.

A la mañana siguiente, cuando los niños iban a la escuela, vieron el jardín cercado con una pared altísima. Un cartelón decía:

La persona que entre sin permiso será castigada severamente.

Era un gigante egoísta.

Los pobres niños no tenían dónde jugar. Intentaron jugar en la carretera, pero la carretera estaba polvoriento y con piedras cortantes, y no les gustaba. Entonces se acostumbraron a pasear alrededor del muro.

—¿Te acuerdas qué hermoso era el jardín del gigante? Ahora que es primavera, estará todo reverdecido y lleno de flores.

Pero la verdad era que en el jardín del gigante continuaba siendo invierno. Los pájaros, desde que no había niños, se habían olvidado de cantar y los árboles de florecer.

Los únicos que estaban muy alegres eran el hielo y la nieve.

—La primavera se ha olvidado de este jardín. Gracias a esto vamos a vivir en él todo el año —decían palmoteando sus manos blancas y heladas.

—No comprendo por qué la primavera tarda tanto en llegar —decía el gigante egoísta cuando se asomaba a su jardín, arropado ahora por un gran manto blanco—. ¡Ojalá cambie pronto el tiempo!

Así pasó la primavera, vino el otoño y volvió de nuevo el invierno para los otros jardines, pero en el jardín del gigante no hubo cambio alguno.

Una mañana el gigante, acostado todavía en su cama, oyó a un pajarito que cantaba, pero como hacía mucho que no oía cantar ni un solo pajarito en su jardín, pensó que los músicos del rey iban pasando bajo su ventana.

El gigante asomó la cabeza y se dio cuenta de que un gorrioncito estaba cantando sobre un duraznero florecido.

—¡Por fin llegó la primavera! —suspiró satisfecho el gigante, y saltando por la ventana cayó en el jardín. Y se quedó sorprendido al mirar que, por un agujero abierto en el muro, los niños habían entrado al jardín y se trepaban a los árboles. Los pájaros cantaban y las flores levantaban sus cabezas desde el pasto verde. Era un bonito cuadro.

Solo en un rincón seguía siendo invierno. Allí se encontraba

un niño pequeñito que no había podido encaramarse en el árbol.

—¡Sube ya, muchacho, sube ya! —le decía impaciente el árbol, que estaba todavía cubierto de hielo. Y le alargaba sus ramas, inclinándolas todo lo que podía, pero el niño era demasiado pequeño.

—¡Qué egoísta he sido! —pensó el gigante—, ya sé por qué la primavera no ha querido venir aquí. Voy a colocar a este niño encima del árbol, luego tiraré el muro, y mi jardín será siempre para que los niños jueguen.

Entonces abrió nuevamente la puerta, y cogiendo un martillo muy grande, echo abajo el muro.

Y cuando los campesinos fueron a mediodía al mercado, vieron al gigante jugando con los niños en el jardín más hermoso que se pueda imaginar.

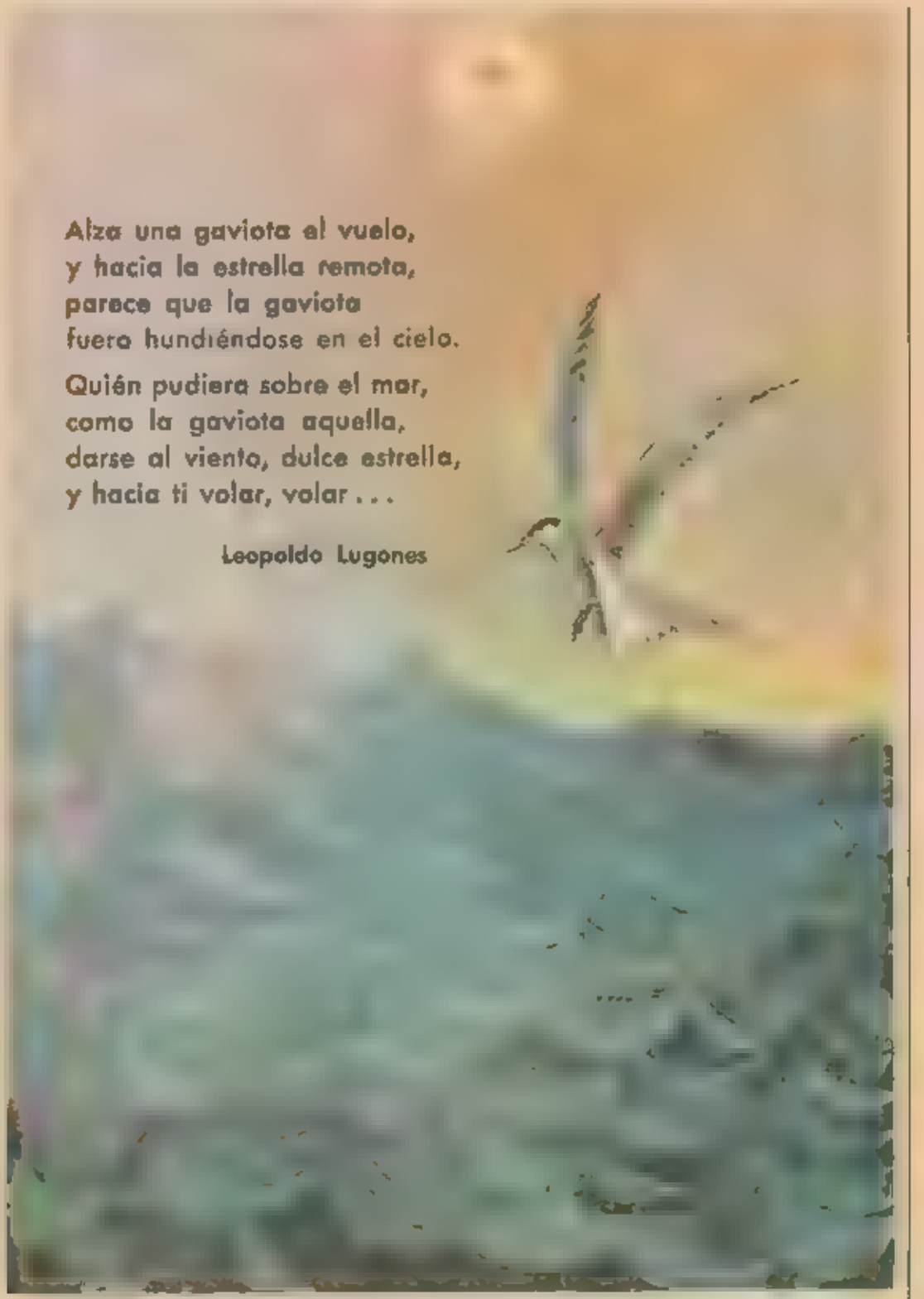
Oscar Wilde

El ave marina

Alza una gaviota el vuelo,
y hacia la estrella remota,
parece que la gaviota
fuera hundiéndose en el cielo.

Quién pudiera sobre el mar,
como la gaviota aquella,
darse al viento, dulce estrella,
y hacia ti volar, volar . . .

Leopoldo Lugones



Las marionetas

Beto estaba feliz. Había conseguido un boleto para la función de marionetas. Ahora ya estaba en su lugar y sólo faltaban cinco minutos para que comenzara el espectáculo

Por fin empezó. Se apagaron casi todas las luces, se abrió la cortina del teatrito, y aparecieron desfilando, una tras otra, las marionetas ¡Eran tantas! Apenas cabían en el escenario todas juntas, pero no había dos que vistieran del mismo color o que tuvieran la misma cara. ¡Y parecía que estaban vivas! Movían la cabeza, los pies, y una hasta saludó a Beto con la mano. Además casi no se veían las cuerdas que las movían.

Se oyó la música, y, al mismo tiempo, empezaron a bailar todas las marionetas, gordas y flacas, altas y bajas.

Pero como no cabían porque eran muchas, se empujaban al bailar Una dio una patada a otra sin querer, la que había saludado a Beto, casi le pica un ojo a la marioneta más gorda; tres se quedaron bailando en el aire, fuera del escenario; a una marioneta alta se le enganchó la mano en el traje de otra y el traje se rasgó. ¡Qué lío! Por fin, las cuerdas de una marioneta se enredaron con las de otras dos y se tuvo que suspender la función.

—Pero, ¿cómo se les ocurre hacer una función con tantas mario-

netas? —preguntó una señora que estaba sentada detrás de Beto.

Camino a su casa, Beto iba pensando en lo que había dicho la señora.

—Si hubieran sido menos marionetas —pensó— todo hubiera sido más fácil.

Al llegar a la avenida grande, se encontró a su tío Ramón. Mientras caminaban, Beto le contó lo que había ocurrido con las marionetas.

Pasaban junto al cine cuando Beto y su tío se perdieron de vista. ¡Cuanta gente! Había tanta, que Beto tuvo que hacer un gran esfuerzo para no quedarse atorado entre dos señoras que discutían, abriéndose paso entre el gentío, apenas pudo esquivar varios pisotones; le fue imposible salirse de la multitud que doblaba la esquina y tuvo que dar vuelta aunque quería ir de frente; la misma multitud lo llevó hasta otra calle, donde por suerte, encontró al tío Ramón recargado contra una barda, descansando. Le había pasado lo mismo que a Beto; había tenido que dar vuelta a la esquina aunque había tratado de no hacerlo.

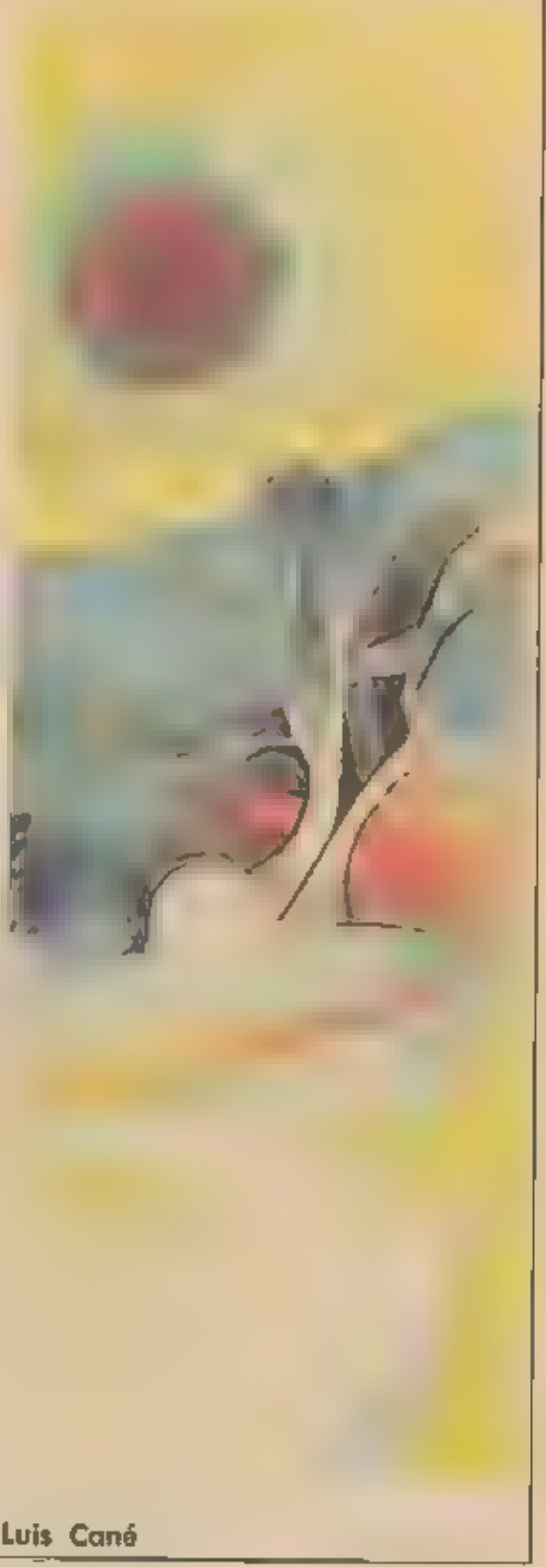
—¡Uf! —dijo el tío Ramón—. ¡Entre tanta gente uno se siente como esas marionetas con los hilos enredados!

Después de dar un gran rodeo, por fin llegaron a casa de Beto.

Julia Zapata

Romance del camino de mi infancia

Dicha de cerrar los ojos
y recordar el camino
lejano —como en un sueño—
que recorrí siendo niño.
Mi infancia fue muy dichosa
porque tuvo aquel camino:
corto para mis carreras,
largo para mi silbido,
húmedo y gris en invierno,
azul y ardiente en estío.
Me iba por él, cantando,
como al andar canta el río;
acá trepábame a un árbol
para reparar un nido
y allá cortaba una rama
que, asegurándola al cinto,
sería el arma potente
para vencer los peligros
creados por mis temores
en mi corazón de niño.
Lo bueno que hay en mi vida
lo tengo de aquel camino;
sueños de largas andanzas
por rumbos desconocidos,
mi estímulo a los que parten,
mi esperanza en lo imprevisto.
Por eso cierro los ojos
y recuerdo aquel camino.
En él recorro mi infancia;
oigo mi propio silbido
que despierta muchas cosas
dormidas en el olvido,
y haciendo saltar del alma
la herrumbre del pesimismo,
vuelvo a comprender la vida
con mi corazón de niño.



Luis Cané

La conquista del fuego

Esto que cuentan los pieles rojas sucedió hace mucho tiempo.

Era en aquellos lejanos días en que los hombres entendían el lenguaje de los animales; cuando el astuto coyote gris era buen amigo del indio.

En una tribu de pieles rojas vivía un muchacho de duras piernas ágiles y de mirada penetrante e inquieta. El joven saltaba en los bosques, subía a los picos y vadeaba los ríos junto con su inseparable coyote, compañero en el sueño y en la caza. Eso era en los largos y tibios días del verano, pero al llegar el invierno la gente corría entre la nieve, huyendo del frío enemigo, y se hundía en el fondo oscuro de las cavernas.

El muchacho miraba con duro gesto pensativo la angustia de su pueblo, miserable y sin defensa bajo el cielo helado.

—Tú —le dijo al coyote— no sientes los cuchillos del frío porque tienes la piel peluda y gorda, pero ellos tiemblan y mueren. Dime, ¿qué podría yo hacer para que mi pueblo no sufriera tanto?

—Yo sé lo que tienes que hacer, pero es más difícil que todo lo que has hecho hasta hoy —contestó el animal

—Dímelo. Yo puedo hacer todo lo que no sea imposible.

—Tendrás que ir a la montaña del fuego a coger un poco de aquella lumbre y traerla a tu pueblo.

—¿Y qué es el fuego, qué es la lumbre? —preguntó el muchacho.

—El fuego es hermoso como una flor roja, pero no es una flor; corre por entre la hierba y la devora como una bestia, pero no es una bestia; es feroz y cruel, y, sin embargo, si se le hace una cama entre piedras y se le entregan ramas de árbol para que pueda comer, es un hermano bueno que acaricia el aire, a los hombres y a las cosas con grandes y brillantes lenguas calientes. Si consigues traerlo, tu pueblo podrá tener el calor guardado, como si guardara un pedazo de sol.

—Sí; yo traeré ese fuego. Ayúdame —dijo el indio.

Fue primero a pedir a los ancianos de la tribu cien mozos fuertes y de pies ligeros. Y todos se pusieron en marcha, guiados por el coyote, hacia la montaña del Fuego.

La montaña llegaba hasta las nubes y tenía en la cima como una gran sombrilla de humo espeso.

El coyote dijo al muchacho:

—Espérame aquí. Voy a traerte un pedazo de lumbre de la montaña. Espérame alerta y preparado. Yo llegaré ya rendido y tu tendrás que seguir corriendo, pues los espíritus del fuego te perseguirán.

Comenzó a subir el coyote por las laderas de la montaña, escondiéndose detrás de las piedras; pero los espíritus del fuego lo descubrieron, mas al verlo tan flacucho y sucio, se burlaron de su aire inofensivo. Al llegar la noche, cuando los espíritus comenzaron sus juegos y sus danzas entre grandes llamas, el coyote se apoderó de una gran rama encendida y huyó con ella, montaña abajo, rápido y recto. Las llamas corrieron tras él con ruido de furiosas fieras.

Vio el muchacho descender al coyote en la noche lo mismo que una estrella que huye en el cielo. Los espíritus del fuego lo seguían como un río de lumbre. Se acercaba la chispa brillante ¡Se acerca! . ¡Ya llega! . . . Allí está. El valiente animal cae al suelo, anhelante y sin fuerzas. Coge rápido el

muchacho la rama encendida y corre desesperadamente. Los espíritus del fuego corren hechos llamas tras él, pero el muchacho va como una flecha hasta llegar al primer corredor, que aguarda con la mano en alto para recibir la antorcha. Así pasa la antorcha de mano en mano, sin detenerse. Y los espíritus del fuego persiguen furiosos la llama desaparecida, hasta las montañas de nieve que ya no pueden franquear . . .

Siguió la luz en el aire, y era amarilla y bella en el día, como un trozo de sol, y era en la noche maravillosamente roja.

Llegó la antorcha al último hombre, y de él a la tribu, y allí le hicieron los hombres un lecho de piedras en medio de la caverna, y la alimentaron amorosamente con ramas secas.

Desde entonces las gentes se alegraron al amor de aquella lumbre enemiga del frío. Y el noble muchacho indio fue ya por todos conocido como el valeroso conquistador del fuego.

También el coyote, desde entonces, muestra la marca de su acción generosa, pues hasta sus descendientes han conservado en sus flancos la piel amarillenta y como tostada, en recuerdo de su brava hazaña.

Leyenda indígena norteamericana

La higuera

Porque es áspera y fea,
porque todas sus ramas son grises,
yo le tengo piedad a la higuera.
En mi quinta hay cien árboles bellos
ciruelos redondos,
limoneros rectos
y naranjos de brotes lustrosos.
En las primaveras
todos ellos se cubren de flores
en torno a la higuera.
Y la pobre parece tan triste
con sus gajos torcidos, que nunca
de apretados capullos se visten . . .

Por eso,
cada vez que yo paso a su lado
digo, procurando
hacer dulce y alegre mi acento:
"Es la higuera el más bello
de los árboles todos del huerto."

Si ella me escucha,
si comprende el idioma en que hablo,
¡qué dulzura tan honda hará nido
en su alma sensible de árbol!

Y tal vez a la noche,
cuando el viento abanique su copa,
embriagada de gozo le cuente:
"Hoy a mí me dijeron hermosa."

Juana de Ibarbourou

Himno a los pájaros

Dios te guarde, pajarillo,
flor del bosque, plumas de oro,
nadie mate tus pichones,
nadie toque tu tesoro.

La tormenta no te asuste
en las noches despiadadas,
el viento no te castigue,
no te maten las heladas

El cazador no te encuentre
cuando te busca en la selva,
la sombra por defenderte,
en sus repliegues te envuelva.

Vuela siempre por los aires
canta siempre entre las ramas,
picotea en los jardines,
cuelga el nido en las retamas.

Dios te guarde, pajarillo,
flor del bosque, plumas de oro,
nadie mate tus pichones,
nadie toque tu tesoro.

Alfonsina Storni

El árbol caído

Tócame. Soy duro, ¿eh? Duro, grande, fuerte, vigoroso. ¿Quién diría que soy aquel gigante, señor de la comarca que resistía a pie firme lluvias y vendavales? . . . Mis raíces eran recias como los cabos con que se amarran los buques en el puerto . . . ¡Estaba bien seguro de que nadie ni nada me sacaría de mi sitio! . . .

Nunca tan impetuoso y temible el viento como anoche. Se abalanzó sobre mí, como manada de tigres. Cada zarpazo me hacía temblar y crujir . . . Aquellas ramas más altas se doblegaban hasta rozar el suelo . . . No había más que una salvación· huir . . ¡Lo imposible para un árbol! ¡Bailaba mi grueso tronco como el mástil de un buque durante la tempestad! . . . De pronto, ya no pude aguantar más, saltaron rotas mis raíces y, con un grito espantoso, caí pesadamente sobre la tierra.

Mis hojas palidecen, mis nidos están vacíos, mis ramas se secarán.

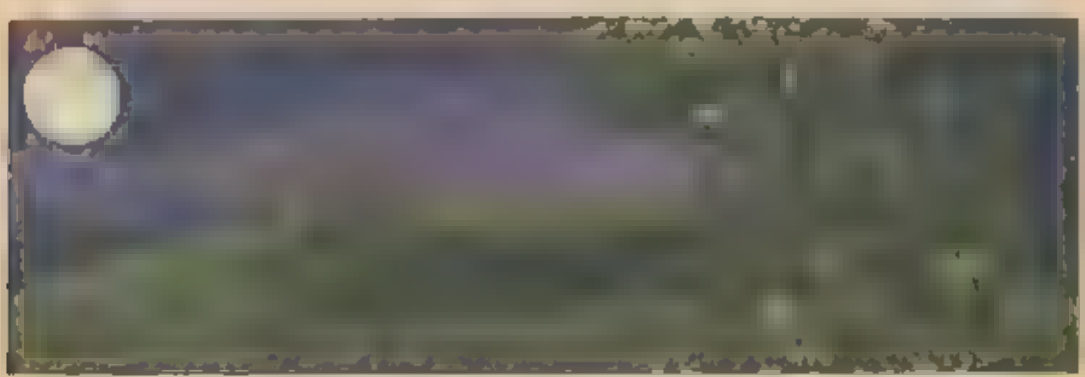
¡Necesito que me enderecen y que me pongan en mi sitio!

¡Grita, grita que vengan a levantarme!

¡Triste sería morir cuando estoy lleno de vida!

¡Lo siento por los ancianos, que descansaban a mi sombra en las ardientes tardes del estío! . . . ¡Por los niños, que no jugarán más bajo estas ramas! . . . ¡Por los pájaros, que aquí criaban felices a sus hijos y ya no tendrán mi abrigo durante las crudas noches del invierno!

Constancio C. Vigil



Los juguetes

Cuando mi madre estuvo grave, nosotros salimos de nuestro hogar. Mi abuela se llevó a mis hermanos más chicos y yo fui a la casa que era la más lujosa del pueblo. Mi compañero de banca vivía allí.

La casa no me gustó desde que llegué a ella.

La madre de mi compañero era una señora que andaba siempre recomendando silencio. Los criados eran serios y tristes. Hablaban como en secreto y se deslizaban por las piezas enormes como sombras. Las alfombras atenuaban los ruidos y las

paredes tenían retratos de hombres graves, de caras apretadas por largas patillas.

Los niños jugaban en la sala de los juguetes sin hacer ruido. Fuera de aquella sala no se podía jugar. Estaba prohibido. Los juguetes estaban alineados cada uno en su lugar, como los frascos en las boticas.

Parecía que con aquellos juguetes no hubiera jugado nadie. Yo hasta entonces había jugado siempre con piedras, con tierra, con perros y con niños. Pero nunca con juguetes como aquéllos. Como no podía vivir allí, mi padrino don Bernardo me llevó a su casa.

Allí había vacas, mulas, caballos, gallinas, un horno de cocer pan y un cobertizo para guardar maíz y alfalfa. La cocina era grande como un barco. En el centro tenía un tronco de madera enterrado en el suelo. Cerca de la chimenea una rueda de carreta reunía pavos, parrillas y hombres. Pájaros y gallinas entraban y salían.

Mi padrino se levantaba a las cinco de la mañana, y comenzaba a partir leña. Los golpes que daba con el hacha resonaban por toda la casa. Una vaca mimosa venía hasta la puerta y mugía apenas lo veía. Luego un concierto de golpes, balidos, gritos, cacarear y batir de las alas, conmovían la casa. A veces al entrar en las piezas, el vuelo asustado de un pájaro

que se sorprendía nos paraba indecisos. Era una casa viva y trepidante.

La leche espumosa y el pan casero, suave y dorado, nos acercaba a todos a la mesa como a un altar.

Nuestras mañanas transcurrían en el granero oloroso de alfalfa. De unos agujeros altos, que el sol perforaba, caían hacia el piso unas listas de luz donde danzaba el polvo.

En casa de mi padrino pensé que los juguetes y los juegos que hacen felices a los niños no están en las jugueterías.

Juan José Morosoli

Pausas

No canta el grillo.
Ritma
la música
de una estrella.

La buena gente piensa
—sin embargo—
que canta una cajita
de musica en la hierba.

José Gorostiza

El duraznero

Parece un enjambre de abejas color de rosa, tan perfumadas como los panales, y por eso el fruto, velludo como una abeja, tiene el color de la miel.

Francis James

El ratón del supermercado y sus primos del campo

En un supermercado de una gran ciudad vivía una familia de ratones. Eran el ratón padre, la ratona madre y tres ratones hijos.

Durante el día el supermercado estaba lleno de señoras comprando cosas. A esas horas los ratones estaban en el agujero durmiendo tranquilamente, porque sabían que cuando las señoras ven un ratón se asustan, gritan y tratan de subirse en una mesa. Los ratones no querían asustarlas, porque sabían que una señora asustada es peligrosa.

A las siete y media de la tarde, el timbre del supermercado tocaba para anunciar que había llegado la hora de que las señoras pagaran sus cuentas y se fueran a sus casas.

Al oír el timbre, los ratones despertaban, se bañaban con saliva, se peinaban con el dedo, se afilaban los dientes con las uñas y se ponían cerca de la entrada del agujero.

El ratón padre era el primero en salir, despacito, mirando para todos lados. Cuando se aseguraba de que no había ninguna señora rezagada, hacía una seña con la cola a su familia, para avisarles que podían salir del agujero sin peligro.

Al ver la señal, los ratones salían corriendo del agujero y se separaban Desayunaban cada uno por su lado. El ratón padre iba derecho al departamento de salchichonería, trepaba en el mostrador y se comía un chorizo, un pedazo de salami, o una rebanada de jamón. A la ratona madre le gustaba el queso y solía pasarse las noches enteras trepada en una pieza de queso añejo. Los ratones hijos preferían la dulcería. Le daban un mordisco a un chocolate, una lamida a un caramelo o se comían un mazapán.

Cuando terminaban de comer, el ratón padre y la ratona madre salían del supermercado por una rendija que había debajo de una puerta y se iban a visitar a unos ratones amigos que vivían en una panadería que había a media cuadra.

Los ratones hijos, en cambio, pasaban la noche jugando. Iban al departamento de muebles y jugaban carreras de colchones, que es un juego que consiste en hacer tres agujeros en un lado de un colchón y ver quién sale primero por el extremo opuesto. Otras veces jugaban a la televisión, que es un juego que consiste en meterse en una televisión y comerse los alambres.

Así pasó el tiempo, hasta que un día el ratón padre le dijo a la ratona madre:

—Creo que ha llegado el momento en que nuestro hijo mayor salga del supermercado, haga un viaje y conozca el mundo, para que pueda apreciar mejor las comodidades que tiene aquí.

A la ratona madre le parecía que su hijo estaba todavía muy chico para salir del supermercado, pero después de mucha discusión estuvo de acuerdo en que el mayor de los ratones hijos fuera a pasar una temporada con unos parientes suyos que vivían en el campo.

El mayor de los ratones hijos, que tenía curiosidad en saber qué había fuera del supermercado, aceptó encantado la idea de salir de viaje, se despidió de la familia y a la mañana siguiente, en vez de irse a dormir en el agujero, salió del supermercado escondido en una caja de huevo vacía.

El viaje fue largo, pero sin contratiempo. El ratón siguió al pie de la letra las indicaciones que le dio su padre transbordó en determinado momento a un huacal, después a un costal, y a las ocho de la noche llegó al rancho.

Cuando el ratón del supermercado salió del costal no pudo ver nada, por lo que dedujo que estaba en un cuarto oscuro. Tan oscuro que, a pesar de que los ratones ven perfectamente de noche, tuvo que esperar un rato antes de darse cuenta de que no estaba solo, sino rodeado de cien ratones inmóviles, que lo miraban con desconfianza.

—¿Quién eres tú? —le preguntó el más grande y más viejo de los ratones del campo.

El ratón de supermercado dijo el nombre de su padre, el de su madre y por último lanzó el grito de guerra de la familia:

—¡Riquitiquitiquitaca tiquitaca!

Al oír esto, los demás ratones contestaron a coro:

—¡Racatacarracataca tacataca!

Después abrieron las patas delanteras y se acercaron al ratón del supermercado y lo abrazaron cariñosamente. Todos eran parientes. Unos tíos, otros primos, el más grande y más viejo era tío abuelo.

Los ratones del campo recibieron al ratón del supermercado con mucha amabilidad. Lo dejaron roer la mejor mazorca, porque

estaba hambriento, y dormir en el agujero más cómodo, porque se había cansado mucho durante el viaje.

A la noche siguiente, el ratón del supermercado salió del agujero con sus primos del campo y estuvo recorriendo con ellos el cuarto oscuro, que era muy grande y se llamaba la troje

Se dio cuenta de que la troje era un lugar muy diferente al supermercado. No había en ella ni dulcería, ni salchichonería, ni departamento de quesos Los ratones del campo desayunaban maíz, a las ocho de la noche, comían maíz a la una de la mañana y merendaban maíz a las seis de la mañana.

Cuando el ratón de supermercado les dijo a sus primos que se aburría de tanto comer maíz, éstos le contestaron·

—A veces no hay más que olotes.

Las diversiones de la troje tampoco eran gran cosa Consistían principalmente en esconderse de una lechuza que vivía en una viga del techo, que cada vez que veía un ratón se le dejaba ir encima. Esa misma lechuza se había comido a los abuelos de toda la familia.

Los primos del campo le preguntaban al ratón cómo era el supermercado y él les contaba de los jamones, los alteros de quesos, las cajas de chocolates, los colchones, las televisiones

Mientras más oían hablar del supermercado, más querían saber, más preguntaban y más cosas les contaba su primo. Tanta curiosidad llegaron a tener, que decidieron ver todas aquellas maravillas con sus propios ojos. En el siguiente viaje de maíz que salió del rancho, había cien ratones escondidos en los costales. Al llegar al supermercado, los ratones de campo quedaron admirados.

Invadieron la salchichonería, se atracaron de queso y mordisquearon los chocolates. Tan contentos estaban corriendo de un lado para otro que se olvidaron de tomar precauciones y no se escondieron durante el día. Algunos de ellos se divirtieron una tarde espantando señoras. Se reían al oírlas gritar y soltaban la carcajada al verlas tratar de subirse en una mesa.

El gerente del supermercado estaba contando los jamones roídos, los quesos desaparecidos y los chocolates mordisqueados cuando oyó los gritos de las señoras.

—¡Esto no puede seguir así! —dijo.

Hizo una rabieta, dio una patadita y se puso morado. Ordenó que al día siguiente se cerraran las puertas, y se fumigara el local con vapor venenoso capaz de acabar con el último ratón.

Afortunadamente para los ratones, el ratón padre estaba mirando desde la entrada del agujero al gerente cuando éste se puso morado. Esto lo alarmó.

—Según mi experiencia —dijo a sus parientes—, cuando el gerente se pone morado es que ha llegado la hora de liar petate y largarse a vivir en otro lado.

Esa noche, los ratones de supermercado y sus primos del campo salieron por la rendija que había debajo de la puerta y en una esquina esperaron a que pasara el primer camión cargado de cajas de huevo vacías. Esa noche llegaron al rancho, en donde vivieron muchos años, cuidándose de la lechuza y comiendo maíz tres veces al día.

De este cuento se deduce que donde comen cinco pueden comer seis y probablemente hasta siete, pero no cien

Jorge Ibargüengoitia

Himno Nacional Mexicano

(fragmento)

Mexicanos, al grito de guerra
el acero aprestad y el bridón,
y retiemble en sus centros la Tierra
al sonoro rugir del cañón.

Ciña, ¡oh Patria!, tus sienes de oliva
de la paz el arcángel divino,
que en el cielo tu eterno destino
por el dedo de Dios se escribió.

Mas si osare un extraño enemigo
profanar con su planta tu suelo,
piensa, ¡oh Patria querida!, que el cielo
un soldado en cada hijo te dio.

¡Patria, Patria! tus hijos te juran
exhalar en tus aras su aliento,
si el clarín con su bélico acento
los convoca a lidiar con valor.

¡Para ti las guirnaldas de oliva!
¡Un recuerdo para ellos de gloria!
¡Un laurel para ti de victoria!
¡Un sepulcro para ellos de honor!

Esta primera edición (1 725 000 ejemplares) de **Español - Cuarto Grado - Lecturas,** terminó de imprimirse el día 2 de agosto de 1974 en los talleres de la Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos, situados en la calle del Doctor Río de la Loza, número 116, México, D. F.

ESTE LIBRO ES PROPIEDAD DE LA REPÚBLICA MEXICANA

Para que lo use y lo conserve se entrega en forma absolutamente gratuita, pero con la condición de que lo cuide, a

.....

(nombre del educando)

alumno* alumna* del .....

(grado)

de la .....

(escuela)

..... **

de ....

(población) *(entidad federativa)*

Ninguna persona, física o moral, podrá convertir este libro en objeto de comercio, franco o clandestino; ni lucrar con él de ningún modo; ni pedir a cambio de él —por ningún concepto— cantidad o cosa alguna; ni llevarlo o mandarlo fuera del país, o intentar lo uno o lo otro.

La persona o personas, físicas o morales, que contravengan cualquiera de las prohibiciones o limitaciones mencionadas, quedarán sujetas a las sanciones penales que procedan.

Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos

* Tachar alumno o alumna, según el caso.
** Indicar, además del nombre que lleve el plantel, su número de registro (clave).

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

MÉXICO, D. F.